

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios8901unse>

L 711

ESTUDIOS

LIBRARY OF PRINCETON

DEC 29 1987

THEOLOGICAL SEMINARY

ARMISTICIO (EDITORIAL) — JULIO PHILIPPI: “EL CRISTIANO ANTE LA GUERRA”—
“¿GUERRA SANTA? ¿GUERRA JUSTA?”.

RAUL OLIVA: “EN BUSCA DEL ALMA DE AMERICA”—AUGUSTO JOSE DURELLI: “SINFONIA DE LOS PUEBLOS LIBRES”.

HEDWIG MICHEL: “LA TAREA DE LA EDUCACION” — GUSTAV THIBON: “EL CONFLICTO ENTRE ESPIRITU Y VIDA”.

JAIME RAYO: “POEMA” — MOMENTOS DEL ARTE — CRISTAL DE LIBRERIA.

90

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

DIRECTOR:
JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 42.—
„ „ „ EXTRANJERO. ...	Dólar 1.50
NUMERO SUELTO... ..	\$ 3.60
„ ATRASADO... ..	\$ 4.20

SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN LA ADMINISTRACION

HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189

SANTIAGO DE CHILE

ATENCION: DE 16.30 a 19 HORAS.

AÑO VIII — N.º 90

JUNIO DE 1940

INDICE

PROBLEMAS DE LA GUERRA

	Pág.
"ARMISTICIO" (Editorial)	2
"EL CRISTIANO ANTE LA GUERRA", por Julio Philippi	4
"¿GUERRA SANTA? ¿GUERRA JUSTA?"	9

AMERICANISMO

"EN BUSCA DEL ALMA DE AMERICA", por Raúl Oliva	20
"SINFONIA DE LOS PUEBLOS LIBRES", por Augusto José Dúrelli	34

RELIGION Y FILOSOFIA

"LA TAREA DE LA EDUCACION", por Hedwig Michel	42
"EL CONFLICTO ENTRE ESPIRITU Y VIDA", por Gustav Thibon	52
"LA IGLESIA PATRISTICA Y EL MILENARISMO". Observaciones a un artículo, por Jaime Eyzaguirre . . .	64

LETRAS Y ARTES

POEMA, de Jaime Rayo	72
MOMENTOS DEL ARTE: Exposición de arte francés, P. 73.	
CRISTAL DE LIBRERIA: "José en Egipto", por Thomas Mann, P. 74. — "Cien Mil Palabras", por Jacobo Nazaré, P. 74. — "El Libro de Oro", por Marco Anneo Séneca, P. 75.	

JUNIO DE 1940



Armisticio

En los momentos de entrar en prensa nuestro mensuario, los cables han comunicado la celebración del armisticio franco-italo-alemán. Por dolorosas que sean las exigencias que se impongan a Francia al término de la contienda, no cabe duda que la prolongación de la lucha era del todo estéril y más aun, suicida, y que no había más remedio que aceptar cuanto antes las condiciones de paz. En este instante duro y amargo ha tenido Francia, como siempre en los momentos críticos de su historia, un hombre que ha querido cargar sobre sus espaldas, con conmovedor y noble patriotismo, el peso inevitable de la fatalidad. Ha sido Petain, el vencedor de otra época, quien ha tomado sobre sí la tarea de resañar la sangre, de sellar la honda herida física y moral que la guerra ha ocasionado en la raíz misma de esa nación. Su llamado a todos los franceses para hacerles comprender la urgencia de la unidad y de la serenidad en la hora de amargura, no rehuye, sino que encara con hombría las causas de la derrota: "menos fuertes que hace 22 años — dice — teníamos también menos amigos, **MUY POCOS NIÑOS**, muy pocas armas, muy pocos aliados... Desde la victoria de la guerra mundial **UN ESPIRITU DE JOLGORIO** fué el que prevaleció, por encima del espíritu de sacrificio"... Las palabras de Petain tocan muy a fondo la causa sustantiva de la derrota de su patria: La pérdida del sentido moral en la familia y el libertinaje. Los métodos anti-concepcionales aplicados en gran escala por la sociedad francesa constituyen la verdadera quinta columna que lenta y silenciosamente ha estado segando vidas que la patria reclamaba y la ha despojado ante el adversario de toda defensa. Y agreguemos a esto el afán desmedido de placer y de lujo, y la corrupción administrativa creada por más de medio siglo de gobierno franc-masón, que ha entrabado y perseguido la acción moralizadora de la Iglesia, y tendremos que concluir que Francia sufre ahora las consecuencias de su apartamiento colectivo de Dios. La derrota envuelve, sin duda, una dura lección, pero también una provechosa advertencia que no será, de seguro, desperdiciada. Francia no es sólo franc-masonería, métodos anti-concepcionales, jansenismo y "Action française" excomulgada; como Alemania no es sólo totalitarismo pagano, métodos de esterilización, y luteranismo. En ambos pueblos existen prodigiosas reservas espirituales cristianas. Ha llegado ya el momento que la patria de Luis Rey, de Juana de Arco, de Teresita de Lisieux, acoja los valores de la caridad de Cristo, únicos que pueden salvarla de desaparecer. Confiamos que asimismo llegue un día en que Alemania, rehaciendo su historia, beba en la tradición fecunda de Enrique el Emperador, Bonifacio, Alberto Magno, Gertrudis y Pedro Canisio, el secreto de la paz interior de que vive despojada. Sólo entonces la Europa destruída logrará encontrar el fundamento de su definitiva unidad.

Problemas de la guerra

“EL CRISTIANO ANTE LA GUERRA”, por Julio Philippi, Profesor agregado en la Universidad Católica de Santiago.

Una nueva respuesta a la encuesta abierta por “Estudios” en su número anterior sobre la actitud del cristiano frente al actual conflicto europeo, y las posibilidades de una cultura de estirpe cristiana.

“¿GUERRA SANTA? ¿GUERRA JUSTA?”

El criterio cristiano aplicado integralmente y sin contemplaciones humanas al problema de la guerra, por el Director de la revista de New York, “Catholic World”.

El cristiano ante la guerra

Deseoso de proyectar la mayor luz en el complejo problema de la guerra, e interesado en enfocar este grave acontecimiento con serena mirada de cristiano que, respetando los particularismos nacionales, es capaz de superarlos por la real elevación de la caridad, "Estudios" abrió en su número pasado una encuesta entre los espíritus liberados por la Verdad y dió a conocer la opinión del Profesor don Carlos Vergara Bravo. Siguiendo en su propósito, la revista publica en esta oportunidad la respuesta dada por don Julio Philippi Izquierdo, Profesor auxiliar de la Universidad Católica de Santiago y activo difusor del pensamiento social de la Iglesia. (N. de la R.)

I.—¿Qué actitud le corresponde asumir al cristiano frente al actual conflicto europeo?

El problema de la guerra, y a través de él el problema del empleo lícito de la violencia, es sin duda alguna uno de los más difíciles y oscuros para la conciencia cristiana. Nada cuesta sin duda más que conciliar los preceptos del Evangelio con el uso de la fuerza, y sin embargo, ante la ley natural, es indiscutible, la licitud de dicho empleo en ciertos casos y condiciones.

Como en muchas otras materias, creo que en ésta cuestión el juicio puede ser emitido en dos planos diferentes, el plano de lo que debiera ser en el supuesto de tratarse de cristianos integralmente tales, y el de lo que Dios permite que sea, dada su misericordia infinita, ante la debilidad de nuestra fé que no alcanza a iluminar todos los actos ejecutados en el orden temporal. La Verdad nos libera de la ley; no la destruye, la supera, la hace innecesaria, y sólo a medida de nuestra libertad interior podemos comprender y cumplir en toda su extensión los preceptos Evangélicos. De ahí que en un mundo verdaderamente cristiano, penetrado enteramente de las verdades eternas, no exista problema del empleo lícito de la fuerza, por la muy sencilla razón de que la fuerza jamás llegará a emplearse, no será nunca necesaria. La posibilidad de dicho empleo sólo cabe en el segundo plano, es decir, bajo el imperio de la ley natural y en hombres y pueblos sólo muy débilmente liberados por la Verdad. De ahí que pueda juzgarse únicamente sobre la **justicia** o **injusticia** de una guerra, pero jamás tratar de encontrarle cabida en la ley exclusivamente será nunca necesaria. La posibilidad de dicho empleo solamente cabe en el segundo plano, es decir, bajo el imperio de más de nuestra propia miseria y de la malicia infinita del pecado, que lleva a los hombres al absurdo extremo de tener que destruir al hermano en defensa de sus derechos.

La justicia de la guerra se determina, por tanto, sólo dentro del derecho natural, es decir, del orden temporal, sin que jamás pueda elevarse a la categoría de **santa** una semejante expresión de la violencia física.

Si bien es cierto que ante el derecho natural los principios sobre la justicia o injusticia de un conflicto bélico son más o menos claros, la determinación en el caso concreto es sumamente difícil, pues requiere, a más de un perfecto dominio de dichos principios, el conocimiento exacto de las circunstancias de hecho unido a una absoluta objetividad e imparcialidad.

De ahí que para el súbdito de uno de los Estados en lucha no cabe sino acatar las órdenes de la autoridad legítima y combatir en defensa de su patria, teniendo siempre presente que si Dios descarga sobre ella el horrible flagelo de la guerra es en buena parte en castigo de los pecados, traiciones y cobardías de los propios cristianos, pues somos nosotros, portadores de la luz, los que al ocultarla "bajo el celémín" hemos sumido al mundo en las espesas tinieblas que hacen posible un desencadenamiento de la fuerza bruta en las proporciones en que hoy lo presenciamos.

En cuanto a emitir un juicio sobre la justicia o injusticia del actual conflicto, si bien es imposible disponer de los elementos necesarios para formularlo, puede ensayarse un análisis somero de las tesis en que cada beligerante pretende apoyar la bondad de su causa. Los aliados, por su parte, fundametan la justicia de su actitud frente a Alemania en dos razones: el cumplimiento de los tratados que los ligaban a Polonia, y la defensa de la cultura cristiana, del orden internacional y de su justicia (1). Alemania por su parte alega la necesidad de obtener y asegurar para su pueblo un "espacio vital".

Ahora bien, planteada en esta forma la cuestión, el problema de la justicia de la guerra se inclina, a mi juicio, en favor de la tesis alemana. El cumplimiento de los tratados que ligaban a los aliados con Polonia parece inaceptable como justificación del actual conflicto, pues supone la justicia de dichos tratados en circunstancias de que más clara parece la injusticia de los mismos, ya que tendían a mantener, aun por las armas, un régimen manifiestamente contrario al derecho natural como era el de ese país artificial en el cual sólo la mitad de la población era polaca.

Respecto al argumento de la defensa de la cultura cristiana, del orden y de la justicia internacional por parte

(1) Ver "Dossiers de l'action populaire". Octubre de 1939.

de las potencias aliadas, es más difícil de analizar debido a su naturaleza y al carácter impreciso con que se le hace valer.

Es evidente que dentro de las naciones llamadas democráticas subsisten ciertos elementos culturales cristianos, pero estos valores ¿han subsistido **gracias** a esos regímenes sociales, económicos y políticos? ¿No parece más bien que sobreviven, como restos de épocas cristianas, a **pesar** de ellos, a pesar de los sistemas filosóficos que sirven de fundamento a las democracias europeas? Poco convincente resulta ver erigirse a la hora undécima en defensores de la cultura cristiana a gobiernos y regímenes hijos de los libre-pensadores y del individualismo, y que tanto han hecho durante los últimos dos siglos por destruir precisamente esa cultura que ahora tanto les preocupa salvar (1).

En cuanto a la defensa del orden y de la justicia internacional parece imposible sostener seriamente que la organización dada a la Europa por las potencias occidentales durante esos últimos veinte años deba ser considerada como un exponente de verdadero orden y justicia. Y precisamente en la injusticia de la organización internacional y económica imperante funda Alemania su tesis. La noción de "espacio vital", lejos de ser sólo un término de propaganda como lo creen muchos, corresponde a una realidad muy verdadera, demasiado verdadera, a la exigencia de una distribución de la riqueza internacional de acuerdo con la capacidad y necesidad de cada nación. La lucha por el "espacio vital" de un pueblo no es otra cosa que el traslado, al campo internacional, del problema de la redistribución de la propiedad privada dentro del orden social de cada país. Así como los límites del dominio particular no son inmutables, sino que por el contrario están sujetos a continuas modificaciones exigidas por la justicia, tanto conmutativa como social, así también la repartición de la riqueza entre las naciones está regida por los mismos preceptos que obligan a readaptar continuamente las situaciones de acuerdo con la población y capacidad de cada Estado. La propiedad de los bienes, tanto en el orden privado como en el orden internacional, está destinada a servir al hombre, debiendo regirse su distribución por el mejor aprovechamiento común, y no viceversa.

(1) Lo ocurrido en Francia en marzo último demuestra que en plena guerra se mantiene predominante el espíritu sectario francmasón. La comisión de legislación civil de la Cámara de Diputados rechazó un proyecto de ley encaminado a conceder a los ex combatientes, miembros de congregaciones religiosas, el derecho de asociarse y de enseñar.

Ahora bien, parece indiscutible que el pueblo alemán no sólo ha carecido en los últimos tiempos del espacio vital necesario, sino que además éste le ha sido sistemáticamente negado por sus vencedores de la guerra anterior. En estas condiciones, y en el supuesto de que se hubieren agotado verdaderamente todos los medios pacíficos para obtener lo que en equidad correspondía, ¿no pasa a ser lícito el empleo de la violencia? Y esta conclusión, de ser lógica, deberá mantenerse, cualquiera que sea la idea que se tenga sobre el régimen político y sobre los gobernantes de ese pueblo. Si algo es justo en sí, no deja de serlo por la circunstancia de que el representante del acreedor, o aún el propio acreedor, tenga tales o cuales características, pues de ellas no depende el vínculo de justicia que liga al deudor con él (1).

Es cierto que los sistemas totalitarios se fundan en principios diametralmente opuestos a las verdades cristianas, y que el triunfo de los mismos acarreará seguramente la destrucción de muchos valores temporales, restos más o menos directos de culturas ya pretéritas, pero es interesante determinar si esos valores han de desaparecer por dicho triunfo, o si están de todos modos condenados a dejar de existir en una forma o en otra. Creo que esta última es la triste verdad y el desarrollo de los modernos sistemas político-sociales no haría sino precipitar este proceso. Sólo en este sentido pueden representar un mayor peligro para lo que queda de una cultura cristiana.

Muchos de los elementos de esa cultura no son ya sino sombras, apariencias. Perdida el alma de la misma debido a la apostasía general de las masas y naciones europeas, es imposible mantener aisladamente valores que fueron la expresión, en lo temporal, de dicha alma. Si bien es cierto que el liberalismo e individualismo han dejado subsistir algunos de esos valores (otros muchos han sido ya destruídos por esos mismos regímenes), es sólo en apariencia, pues los han privado del alma cristiana condenándolos así a morir tarde o temprano. En realidad, democracia, comunismo y totalitarismo no son sino formas, etapas sucesivas del mismo proceso de descomposición de un mundo apóstata, proceso regido fundamentalmente por causas económicas, y un flaco servicio se hace a la cultura y a los ver-

(1) La justicia de la guerra por parte de un beligerante no significa la justificación de todos los medios de que el mismo se valga en la contienda. Son problemas diferentes, debiendo analizarse por separado en cada caso la licitud del empleo de un determinado medio, ya que la justicia del fin no implica necesariamente dicha licitud.

daderos valores cristianos al identificarlos con la causa de cualquiera de los beligerantes.

Por lo demás, la verdadera cultura cristiana no se defiende ni se reestablece por medio de las armas, sino mediante el espíritu. Sólo un renacimiento de vida divina en las almas puede salvar los valores aún existentes y hacer posible un régimen de verdadera paz y justicia, pero no el empleo de la fuerza bruta, y menos todavía cuando en realidad con ella se persigue en último término solamente mantener una injusta repartición de la riqueza y del poder entre las naciones. Como decía más arriba, es sumamente difícil determinar la justicia o injusticia de una guerra como la actual, pero en todo caso ha de descartarse como absolutamente falta de verdad y seriedad la afirmación de que los gobiernos aliados han ido a ella en defensa de la cultura cristiana. La realidad, por cruda que sea, debe ser reconocida. La actual guerra es ante todo una lucha por la repartición de los bienes; en ella, la tesis alemana en orden a una mejor repartición de los mismos tiene buenos fundamentos; las funestas consecuencias que para los elementos aun existentes de cultura cristiana tendrá el desarrollo de los acontecimientos derivan en último término, no del triunfo de tal o cual régimen social o político imperante, sino del apartamiento de las almas y naciones del único que es Verdad y Vida, apartamiento en el cual todos sin excepción tienen responsabilidad, y en buena parte aquellos sistemas sociales, políticos y económicos que, sumiendo a los hombres durante más de un siglo en el horrible problema social, los han precipitado en la desesperación y en el caos.

II.—¿Qué posibilidades se divisan a la realización de una cultura del tipo cristiano?

La realización de un orden temporal cristiano, es decir, de una cultura del tipo señalado, es sólo posible como consecuencia, como un reflejo, de una intensa vida cristiana en los pueblos. Dada la actual apostasía de las naciones no puede llegarse a un semejante orden por medios sociales, económicos o políticos. Podrán reconstruirse elementos temporales aislados sobre una base conforme al derecho natural, como por ejemplo la organización corporativa de la economía, pero una tal realización no puede llamarse cristiana por el sólo hecho de estar más de acuerdo con la sana razón que la anarquía económica del liberalismo. Sólo un retorno integral a la vida del espíritu puede traducirse en una cultura de tipo cristiano. Y parece que estamos por ahora muy lejos de una vuelta de las naciones y pueblos a la Fuente de la Vida!

Julio Philippi.

¿Guerra santa? ¿Guerra justa?

EL JUICIO DE LOS PENSADORES CATOLICOS

En nuestro número de abril último, reproducimos un artículo publicado por Jacques Maritain en el semanario francés "Temp Present" y en la revista norteamericana "Commonweal", en que planteó su posición ante la guerra europea. El referido artículo motivó una bullada polémica en los Estados Unidos, siendo de interés dar a conocer el juicio que la tesis de Maritain le ha merecido a la importante revista de Nueva York, "The Catholic World", la cual, en un extenso editorial de su número de febrero último, entra a dilucidar el delicado problema de la justicia o santidad de la actual lucha armada. Por lo que atañe a este último punto, cabe hacer presente que, así como en la revolución nacionalista española, ha habido en el campo de los aliados algunos escritores que han llegado a sostener que la guerra contra Alemania es una "guerra santa", opinión que no ha sido, sin embargo, compartida por todos, pues no han faltado intelectuales católicos que la han combatido enérgicamente. Así, el Padre jesuíta inglés, Tomás Corbishley, desde la revista "The Month", de Londres y en un artículo titulado: "Cruzada o catástrofe", manifiesta que: "Es blasfemo pensar en movilizar a Dios en ayuda del Imperio británico, por más que creamos que el triunfo del Imperio en esta pugna ayudará la causa de la rectitud más que el triunfo de sus enemigos... En último análisis, existe una sola "guerra santa": la guerra contra el pecado".

Por su parte, el Conde de París, pretendiente al trono de Francia, en un interesante artículo publicado en "La Croix", de 28 de abril último, se refiere al carácter de cruzada que se le da a la guerra, en los términos siguientes: "Hablamos de cruzada, pero ¿tenemos verdaderamente corazones, espíritus de cruzados? Queremos reformar el mundo después de nuestra victoria y gracias a ella, pero ¿trabajamos desde ahora en reformarnos a nosotros mismos? Combatimos las formas extremas del materialismo, pero ¿pensamos muy a menudo que el capitalismo, él también, es una forma materialista y acordamos las fuertes condenaciones pronunciadas contra él por los grandes Papa?"

Queremos edificar un mundo nuevo. Sea. Pero no olvidemos, ante todo, que la nueva Francia rejuvenecida, ha de desembarazarse del egoísmo, liberarse de la odiosa primacía del dinero".

A continuación reproducimos íntegro el editorial de "The Catholic World", que hemos mencionado anteriormente:

J. Maritain, en el número de diciembre 22 del "Commonweal" se defiende de la idea de que la guerra franco-británico-alemana sea una guerra santa. "Es, nos dice, una guerra justa, pero aquí no se trata de guerra santa". "El pueblo de Francia tiene bastante buen sentido, nos aclara, para no mezclar la infame santidad de Dios en la guerra temporal en que está empeñada. El pueblo francés no declara su causa divina o que ella

sea causa de Dios, ni tampoco se considera soldado de Dios". Esto parece claro y sencillo. Pero cualquiera que lee el artículo se pregunta: ¿cuál sería la definición que daría J. Maritain para la guerra santa? Tendrá que ser muy santa para llegar a serlo más que ésta en su concepto. Porque nos dice: "Si alguna vez ha existido guerra empapada en lucha de orden sobrenatural y que tiene su lugar en el umbral del Apocalipsis, como dice León Bloy, es sin duda la guerra que comienza".

Cuando un filósofo, es decir, alguien habituado a pensar con cuidado, a expresarse con claridad, usa la palabra "sobrenatural" y menciona el Apocalipsis, está a un paso de hablar de lo "santo". Más adelante acusa Maritain al enemigo de blasfemia, paganismo, ateísmo, idolatría y dice que contra esta maldad combaten Inglaterra y Francia. No una ideología, no la ambición política o comercial, sino el "imperio del paganismo", la "alianza del ateísmo y del racismo idólatra bajo las banderas de la blasfemia". Dudo de que Pedro el Ermitaño pusiera las banderas de la primera cruzada con entusiasmo más religioso que el que pone Maritain las de Francia e Inglaterra contra el Nacismo.

En otro artículo dirigido "A mis amigos americanos", el gran filósofo hace uso de un lenguaje aun más místico y apocalíptico, y escribe: "La situación espiritual de la Europa ha cambiado totalmente. La salvación de Europa ha comenzado; la civilización occidental será salvada; ya está salvada". En seguida: "No hay sino una sola revolución, esta revolución va dirigida directamente en contra de la esencia de los principios de la civilización cristiana, en contra de todo lo que hay de Dios en el hombre, en contra de todo respeto a la persona humana, a la verdad, a la justicia, de todo lo que tiene relación con la grandeza o libertad del alma humana".

En oposición a esta revolución los aliados han declarado una contrarrevolución, que según parece en la descripción que de ella hace Maritain es tan religiosa como la lucha contra el protestantismo en el siglo XVI. Parece su convicción de que Francia e Inglaterra salvarán la Europa, la Fe, la Iglesia y la civilización cristiana ahora, así como el Concilio de Trento, así como la Compañía de Jesús, Santa Teresa, San Carlos Borromeo y otros santos salvaron lo que era bueno después de la sublevación de Lutero.

Se enardece en su idea y declara elocuentemente: "Francia e Inglaterra, los dos viejos países cristianos, corren el riesgo de una guerra infernal, exponiendo sus vidas y sus más caros bienes y la incomparable herencia de la civilización de la cual son los guardianes". Y continúa en el mismo tono de exaltación: "Se ha visto cómo el pueblo francés aceptó la guerra sin odio, sin pasión, con calma y valor y callada resolución de servir hasta el fin a su patria, con la más absoluta abnegación de sí mismos para hacer posible la vida humana en una Europa a los ojos de Dios".

Maritain recuerda una profecía de Santa Juana de Arco "que días llegarán en que Francia e Inglaterra unidas llevarán a cabo una gran empresa", y por fin declara "que el aspecto apocalíptico de esta guerra es manifiesto". Ante semejante nagnirico de esta guerra cuesta creer en la repugnancia de Maritain para llamarla guerra santa. Si esta guerra no es santa, no existe guerra santa.

Al llegar a este punto debo declarar la estima que me merece Maritain. Todo el mundo lo conoce como filósofo eminente, tal vez el más importante de los que viven en la actualidad, seguramente el primero entre los filósofos católicos. Pero lo que aprecio por encima de su agudeza filosófica es su virtud y su intuición mística. Como Santo Tomás, de quien escribe tan bien y tan a menudo, parece haber aprendido más verdad de rodillas a los pies de su crucifijo que en los tomos de los escolásticos; mucho más que en los tratados menos pesados, pero más extraviados de sus contemporáneos. He tenido la alegría de encontrar a Maritain y de conversar con él. Como todos los que han tenido con él un contacto momentáneo, me he sentido en la presencia de un hombre de Dios. Debo decir, por lo tanto, que no cito sus ditirambos respecto a la guerra con espíritu de lucha; la materia es demasiado seria para bromas y aunque ella no lo fuera, tanto bastaría el respeto que me merece una personalidad a quien considero un sabio, ya que no un santo en el sentido estrictamente teológico de la palabra. Pero ni la sabiduría ni la santidad son garantías de no errar en el conocimiento e interpretación de los hechos. Durante el gran Cisma de Occidente, por ejemplo, el pueblo no sabía quién era el verdadero Papa y quién el falso, y ni los sabios ni los santos podían aclararlo. Doctores en leyes o en filosofía o teología estaban en desacuerdo y lo que es aún más escandaloso y trágico, aun los santos estaban divididos los unos contra los otros, en cuestión de tan vital importancia: "¿Quién es el Papa?". Santa Catalina de Siena estaba en un lado de la controversia, y San Vicente Ferrer del otro. No hay, pues, descrédito de parte de Maritain en este caso si en su entusiasmo ha sobreestimado la causa aliada, y yo espero que no se me achacará a falta de caridad el que yo diga que lo ha hecho.

La cuestión de justicia o santidad de la guerra, de cualquier guerra moderna, es complicadísima. Los hombres más honrados, más inteligentes, se contradicen los unos a los otros y caen también en contradicción consigo mismos cuando entran a analizar cuál debe ser la actitud del cristiano frente a la guerra en las circunstancias actuales. Sería cruel el analizar algunas de las expresiones de Maritain respecto a la justicia de la última guerra entre Franco y los "Leales" de España. Titubeo aún de preguntar cómo es que si él ve tan claramente que Francia e Inglaterra combaten contra el monstruo ateo, no se da cuenta que la España Nacionalista estaba empeñada en el mismo conflicto con idéntico monstruo, y que tanto entonces como ahora dependería la salud espiritual del mundo del resultado de la lucha. Aun ahora, o por lo menos hasta la publicación de sus "Cuestiones de conciencia" (1938), no se muestra convencido de que la guerra de Franco sea una guerra santa; en ese pequeño libro habla de "los medios bárbaros e inicuos" empleados por hombres que se consideran campeones de la civilización cristiana. El bombardeo de Guernica lo trae aún inquieto. Insiste en la "masacre de mujeres y niños" y lo considera "un golpe a la conciencia humana del cual no se recobrará tan pronto". En el hecho la guerra de España, que para tantos aparece como una lucha clara entre el catolicismo y el ateísmo, es para Maritain todavía una pesadilla; no lo afloja, es su ánimo en pena. Aun se lamenta sobre la infeliz España, en "la cual vemos, dice, qué poco provecho espiritual o temporal se saca de una guerra civil" y teme que tengamos que lamen-

tar cualquier día un nuevo estallido en la península española. En general Maritain, más que cualquier otro filósofo católico, nos aparece siempre como alguien que sospecha que la guerra puede ser instrumento en manos de los hombres para hacer el trabajo de Dios. No es sorprendente, por lo tanto, que algunos de sus admiradores se sientan desconcertados ante lo que aparece como cambio de frente en la cuestión de la Guerra santa. En cuanto a mí, debo confesarlo, me parece raro encontrar en él, si no al apologista, por lo menos al campeón entusiasta de la guerra, de toda guerra.

No es mi intención tratar en extenso en estas páginas la controversia provocada por la publicación de los artículos de Maritain dedicados "A mis amigos americanos" y "Guerra justa". Los que deseen seguir la poco edificante pelea pueden hacerlo en los números de la revista "Commonweal"

Pero sería poco gentil haber dicho lo que he dicho y no agregar algo más, ya que Maritain ha dicho bastante más. En primer lugar, hay que admitir que él no ignora que existen causas remotas y causas inmediatas de la guerra actual. Enuncia algunas: "acumulación de mal moral, egoísmo, olvido del bien común, amor desordenado de bienes materiales, dureza de corazón, el negarse a reconocer el derecho de los otros a vivir, estupididad, locura, la debilidad o la loca ambición de los que detentan el poder, desprecio del amor y de la justicia, desprecio de Dios que consiste en una política que se considera independiente de la ética natural y de la ley evangélica" y por fin, "los siete pecados capitales que han florecido durante largo tiempo y que, por fin, dan su fruto de acuerdo con la naturaleza que tratan de destruir". Es obvio considerar estas causas, no como propias de una sola nación; existen siempre y en todas partes; casi todas en todos y en cada uno de los países. "Nadie, dice Maritain, es inocente de la guerra ante Dios". Hay causas más específicas aun de la presente guerra, que Maritain las reconoce: "imperios, colonias, espacio vital, autarquía económica, totalitarismo, el sacrificio del trabajo creador a la industria guerrera, la loca búsqueda del remedio al desastre económico en el bandolerismo internacional de las anexiones territoriales". Aunque Maritain no atribuye exclusivamente a Alemania todas estas causas, parece tener más en vista la ambición imperial de Alemania que la de Gran Bretaña o Francia. El "bandolerismo internacional" lo atribuye a Alemania. Por "anexiones territoriales" pienso que se referirá a territorios europeos, no del Africa o del Asia. Parece tener presente la anexión del Austria, Checoeslovaquia y Polonia por uno de los contendores, más bien que la anexión de la quinta parte del globo por otro de los litigantes. Y cualquiera que sea la causa remota o menos remota de la presente guerra, comenzando por el Tratado de Versalles y remontando hasta el pecado original, Maritain insiste que Alemania es la sola responsable y la causa inmediata de la guerra la invasión de Polonia, y que, por lo tanto, Francia e Inglaterra realizan una guerra justa.

Sin embargo, se necesita algo más que una causa justa para que sea la guerra justa. Los escolásticos tienen una máxima en moral: "Bonum est integra causa, malum est quocumque defectu"; para que un acto sea bueno debe serlo íntegramente; si tiene cualquier parte mala, es un acto malo. Entre los elementos que entran en la composición del acto hay el motivo

los medios y el fin. Los tres tienen que ser buenos, de otro modo el acto es malo. Si el motivo es bueno, pero los medios malos, el acto es malo. Si el motivo y los medios son buenos, pero el fin es malo, el fin que tenemos en nuestro ánimo, el acto es malo. Si el fin es bueno y los medios son malos, el acto es malo. El fin no justifica los medios. En verdad puede existir más de un motivo de un medio de un fin; nada importa cuantos motivos, medios y fines procedan; o todos son moralmente buenos o el acto es malo y no debe ejecutarse. No digo que un motivo o medio o fin indiferente, es decir, que no es bueno ni malo, pueda entrar en el acto sin viciarlo; tampoco pretendo que el mal que resulta accidentalmente de la ejecución del acto lo haga esencialmente malo, pero nuestros moralistas insisten que sin motivo malo, un medio o un fin malo destruye la moralidad de todo el acto. Tal acto es un pecado y no debe ejecutarse, aunque sea para salvar la civilización o la religión. Esta es ética severa, pero los que piensan que la ética católica es fácil, no conocen la ética católica.

Sin duda que una guerra justa en los tiempos modernos es difícil y según algunos, imposible. En estas mismas columnas en los meses de noviembre y diciembre, aventuré algunas opiniones sobre la maldad de los motivos y fines de la presente guerra; tal vez conviene agregar un párrafo o dos sobre la posible maldad de estos medios. Pero para esta fase de la cuestión prefiero consultar opiniones de especialistas sobre la ética de la guerra, no considerándome sino como un simple aficionado. Hay un sacerdote inglés, el Padre Gerardo Vann, especialmente ilustrado, que con gran claridad y fuerza ha tratado sobre la moralidad de los medios empleados en la guerra moderna.

En su valioso y pequeño tratado "Guerra y moral" (London Burns, Oates and Washburne, 1939), cita repetidas veces opiniones y declaraciones de hombres de Estado y de técnicos militares que tanto en Francia como en Inglaterra declaraban en 1918 que era propio de un ejército destruir a los no combatientes. En primer lugar cita al Mariscal Petain (por lo demás un católico practicante): "El objeto de la guerra aparece en toda su amplitud y su cruel simpleza; ha llegado a ser la destrucción, no de un ejército, sino de una nación". En seguida al general Von Altröck: "La próxima guerra (es decir la actual), será con preferencia el exterminio en masa de la población civil, más que un combate entre ejércitos". Y el Mayor General Sherman Miles: "El objetivo de la guerra de tres dimensiones es el no combatiente".

El Padre Vann se pregunta: "¿Supondremos que en nuestra patria (Inglaterra), nos veremos libres del cumplimiento de estas profecías? En tiempo de paz nos horripilamos de que estos crímenes sean cometidos por otros; olvidaremos todo escrúpulo cuando estemos en guerra; también los olvidamos en la guerra pasada. Sir Henry Wilson, representante militar británico del Consejo Supremo de Guerra decía en 1918: "La política que se trata de seguir es la de atacar sistemáticamente las ciudades importantes de Alemania. Se trata de concentrar los esfuerzos sucesivos en una ciudad por un cierto número de días, continuar con otras varias, volver a la primera hasta destruir totalmente el objetivo o por lo menos hasta que la moral de los hombres que trabajan sea sacudida. Las bombas arrojadas desde larga distancia producen su máximo efecto moral, solamente si las visitas se repiten constantemente con pequeños inter-

valos hasta lograr producir en cada área bombardeada una continua ansiedad”.

El Padre Vann se detiene un momento para considerar que tales ataques pueden ser disculpados a título de **REPRESALIAS**. Admite que es fácil “constituir un sentimiento popular de justicia devolviendo salvajismo por salvajismo”. Cita a Wickham Steed que dice: “Los hombres no ponen límites a sus actos”. Los hombres no **PONDRAN** límites a sus actos, pero, sin embargo, “hay un límite bien definido sobre lo que los hombres **PUEDEN** hacer”.

El padre Vann cita también a Sir Douglas Haig: “El bombardeo de centros populosos será justificable y efectivo en orden a castigar al enemigo por actos similares cometidos por él y prevenir su repetición. “Pero la teología cristiana y la ley natural, ambas contenidas, dice el Padre Vann, en el “Código de la Ética Internacional”, condena el principio de Sir Douglas Haig como inmoral: “la matanza de los inocentes no es cuestión de ley positiva, sino de ley natural”. Como curiosa coincidencia, mientras escribo esto (enero 12), me informa un colega de una “transmisión de radio proveniente de Inglaterra a través del Atlántico, cuyo “speaker” imposible de identificar, salvo por poseer aparentemente una manera muy digna y una voz muy persuasiva, repite y trata de justificar los principios sostenidos por Sir Haig veinte años atrás.

Todavía una opinión más citada por el Padre Vann, ésta es de Lord Baldwin: “La única defensa es la ofensa, lo que significa que Ud. debe matar mujeres y niños con mayor rapidez que su enemigo, si quiere salvarse a sí mismo”. Si mi memoria no me es infiel, un gran predicador católico inglés, sacerdote y miembro de una congregación religiosa que se precia de dar la mayor importancia a la ortodoxia en materia teológica, dijo durante la guerra: “Nuestra ocupación es matar más y más alemanes”, sin especificar si éstos eran soldados o civiles, hombres, mujeres o niños.

Supongamos que pasado el invierno tenga lugar la gran embestida nazi por aire, mar y tierra. Suponiendo que Alemania, según lo anuncian algunos expertos, se lleve la mejor parte al principio y la peor los aliados, en tal caso, ¿se aceptará y llevará a práctica la ética preconizada por Baldwin, Haig, Henry Wilson y Petain? Tal vez debemos contestar esta pregunta con otra: cuando los italianos bombardearon las ciudades de los indefensos negros de Etiopía, ¿protestó la nación italiana con horror? ¿Lo hizo el clero italiano? ¿Lo hizo la jerarquía? Si lo hicieron, sus palabras no lograron pasar a través de la censura, al menos es lo que yo sé. Hubo alguien particularmente cercano al Duce, cuyas palabras eran citadas con gran alegría al referir el bombardeo de las miserables cabañas y cómo saltaban despedazados por el aire los cuerpos de los infelices negros; no tenemos noticias de ningún correctivo oficial aplicado al joven atrevido. Muchos italianos y entre ellos muchos clérigos manifestaron el violento disgusto que les causaba mi opinión sobre la guerra de Etiopía, pero se olvidaron de hacerme saber qué pensaban de la violación de la ley natural y de la ética católica. Ingleses y franceses, católicos y no católicos, laicos y sacerdotes, ¿protestarán si sus respectivos ejércitos usan métodos condenados como inmorales por la Santa Sede y la ética católica? Dirán “ojo por ojo”. “paga con la misma moneda”, “hecho por hecho”, o ¿quién comenzó este salvajismo?

Tal vez el mal mayor que viene con la guerra es la bancarrota del sentido moral de las masas humanas. "Todo es permitido en la guerra", es un viejo adagio, pero es tan inmoral como: "con razón o sin ella, es mi patria", ("My Country Right or Wrong") frase que aun encabeza uno de los diarios americanos de mayor circulación. Parece a veces como si la gente manifestara una cierta tolerancia respecto a la ética aplicada a relaciones internacionales. Cuando no rebelión, cinismo. Pero cinismo en este caso es peor que rebelión. Ni el Papa, ni la Iglesia, ni los Padres, ni los Escolásticos, ni nadie que ejerce la autoridad tradicional en tiempos de paz y a quienes se les debe obediencia, parecen tener el menor poder sobre los hombres cuando el miedo o el odio corre por sus venas.

Aun en la lucha que llamamos "negocios" nos encontramos con el mismo fenómeno. "¿Por qué tengo que ser honrado si mis competidores no lo son?", se pregunta el hombre de negocios. "Los filósofos de sillón pueden tener su punto de vista sobre ética aplicada, pero lo que yo sé es que, si no procedo como mis rivales, me arrojarán del mundo de los negocios". Se constituye de este modo en su propio moralista, determina su ética particular y se dicta sus propios mandamientos. Es precisamente lo que acontece en tiempos de guerra. Hombres de Estado, ciudadanos, generales, periodistas y —Dios nos perdone— algunos sacerdotes y predicadores echan por la borda los principios morales, limpian la cubierta para la acción, arrojando al fondo del mar cada consideración sobre el derecho, justicia, verdad y humanidad.

E. I. Watkin escribe en otro artículo de "Commonweal", que espero no pase inadvertido en la controversia a favor o en contra de Maritain: "No digo que no existan valores de suficiente importancia para justificar la guerra..., la civilización, la libertad humana y por sobre todo la libertad religiosa, ¿no podrán estos valores, que exceden en mucho a los valores meramente nacionales, ser defendidos por la guerra? Ciertamente pienso que si la libertad religiosa está en juego se puede justificar la guerra en su defensa. Pero no pienso que la civilización pueda ser defendida con la guerra, en la forma que actualmente se usa la guerra, porque corre el riesgo de ser aniquilada por los propios medios que se usan para defenderla.

Cuando nos encontramos con un escritor o "speaker" que conserva el sentido de los valores morales en los momentos en que la guerra trastorna las cabezas y lleva a la locura a los pueblos, podemos felicitarnos. Pues uno de ellos encuentro en un diario del otro extremo del mundo, "Tiempo Católico", de Johannesburg (Sud-Africa), que reproduce un artículo de "El Abogado", diario católico de Australia. Me es particularmente grato presentar algo tan juicioso y de sentido tan religioso proveniente de fuente tan remota:

"Es vital, declara el diario africano y australiano, en esta hora tan grave, cuando un mundo loco es sumergido nuevamente en los horrores espantosos de la guerra, que el católico preserve su alma de emoción e histeria y que tenga siempre presente en su espíritu y dé testimonio externo con una actitud específicamente cristiana frente al horrible flagelo que ha caído sobre las naciones. Sabemos que la guerra mundial que tuvo lugar para terminar con la guerra y establecer el reino de justicia y de paz, dejó al mundo en mayor injusticia que antes de ella. Sabemos que muchos cristianos sucumbieron entre-

gándose a la propaganda inmiscuidos en el odio y en el vilipendio de los enemigos, obscuras salidas del miasma religioso, degradación de Dios hasta considerarlo instrumento de política partidaria. Es necesario para el cristiano verdadero fortalecer su ánimo en medio de la atmósfera tensa y anormal que acompaña a las hostilidades, y preservar un juicio cristiano, claro e independiente sobre la gran tragedia de nuestro tiempo... El gran peligro que se presenta para el cristiano durante los próximos meses, y tal vez años, es que bajo la influencia de la propaganda de los himnos del odio que ya han comenzado desgraciadamente, llegue a considerar a sus propios aliados como cruzados dedicados a exterminar al diabólico enemigo. Pero como cristiano está obligado a amar a su enemigo y a practicar la virtud de la caridad con él. Aunque se le convenza con fuerza de la justicia de la causa que defiende, nunca debe olvidar que las masas humanas que él ataca están formadas por millones de hermanos suyos en la fe y que no son ni más ni menos culpables o deseosos de la guerra de lo que él es. En tiempo de guerra, la complacencia de nosotros mismos y, el odio al enemigo, es el peor de los vicios para un cristiano, y practicado por los cristianos tiene que causar serio escándalo, porque estamos obligados a "amar a quién nos odia y a bendecir a quién nos persigue".

Este lenguaje reconfortante y tranquilizador es el que estábamos acostumbrados a oír de Maritain. Es lástima que tengamos que viajar tan lejos ahora para encontrarlo. Los que aman a Maritain esperan que pronto se calmará y volverá a su papel de profeta de paz. Si hay que tocar el bombo de la guerra, mejor es que se lo deje a otros.

Resumiendo los diferentes puntos de este editorial: la ética católica pide que, para pelear una guerra, cualquiera que sea, y especialmente la que se hace para salvar la civilización, el motivo, los medios y el fin que se persigue estén libres de reproche.

Los que empuñan la espada en defensa de Dios deben guardarla libre de sangre inocente a toda costa, aunque tengan que envainarla en medio de la batalla. Para dar un ejemplo claro del verdadero guerrero cristiano (curioso epíteto: "guerrero cristiano"), si le sucede que forma parte del cuerpo de aviación y se le ordena bombardear a civiles, debe rehusar cumplir la orden aún a costa de sufrir la ley marcial y la condena. ¿Imposible, se me dirá? Sí, tal vez; pero como ésta hay muchas otras circunstancias "imposibles" para el verdadero cristiano en la forma aborrecible e inhumana en que se lucha en la guerra moderna. Son tantos estos "imposibles", que católicos excelentes como el Padre Shatmann, en su opúsculo "La Iglesia y la Guerra", parece ser arrastrado a una posición netamente pacifista. Casi preguntaríamos a M. Watkin: si la civilización no puede ser defendida por la guerra, ¿qué puede ser defendido por ella?, ¿la religión?, ¿la Iglesia?, ¿el Papa? ¿Puede creer alguien que Jesucristo habría permitido ser defendido El mismo por la guerra, especialmente por la guerra moderna?

Así se suceden y contradicen los argumentos en favor y en contra de la guerra justa, de la guerra santa. No pretendo haberme convencido, ni menos haber convencido a nadie de la justeza de mi punto de vista. Como muchos otros que quieren ser honrados, me encuentro en un disparadero respecto a juicio sobre guerra moderna. El Padre José Keating S. J., lamen-

tado director de "El Mes" de Londres, en un brillante artículo: "El escándalo de la guerra", en abril de 1933, expresaba con todo respeto la esperanza de que el Santo Padre, que había escrito "magníficas encíclicas" (Pío XI) sobre Unidad Cristiana, Educación, Matrimonio, Cuestión Social, Acción Católica, favorecería al mundo con una declaración perentoria del pensar de la Iglesia respecto a la guerra y a la paz. Sería una encíclica difícil de escribir y probablemente el Papa se quejaría, como lo hizo Pío XI sobre "Rerum Novarum", de que eran muy pocos los que hicieron caso de ella. El mundo, más que nada el mundo de los combatientes, no quiere que la autoridad del Vaticano se pronuncie sobre la justicia de la guerra. Semejante juicio envolverá necesariamente más de algo duro y más de un católico diría como los galileos de entonces: "¿Quién lo puede oír?". Por lo tanto, los escritores y "speakers" católicos tienen que hacer lo que pueden para aplicar los fundamentos de la ética a cualquier guerra que estalla y nuestros esfuerzos no son acogidos en todas partes con simpatía. En estos momentos, a consecuencia de lo que sobre esta materia escribí dos meses atrás, particulares y grupos de ingleses me escriben indignados y cancelan la suscripción.

Recibí el mismo trato de los italianos en 1935, cuando traté de aplicar estos principios a la guerra de Etiopía; también sufrí el abandono de algunos de mis amigos germano-americanos cuando el "Catholic World" opinó sobre nazismo. Sin embargo, los principios morales sobre los cuales traté de formar mi opinión están escritos en libros de autoridad. Para algunas personas es preferible que los principios permanezcan muertos; encerrados en los libros. Quien abre los libros y se da cuenta de ellos y los lanza a los cuatro vientos aplicándolos a las circunstancias inmediatas, puede estar seguro de incurrir en el desagrado de los combatientes y partidarios de la guerra. Si dice verdad debe optar por la paz.

Volviendo a Maritain y para terminar: no lo acuso de hostilidad o indiferencia respecto a la verdad. El da la verdad como él la ve. Pero nos parece anormal el verlo ensalzado por los partidarios de la guerra. Nos parecía el apóstol de la impopularidad. Por llamar "no santa" a la guerra de España fué atacado, por llamar "justa", sino santa, la guerra franco-británica contra Alemania, es ahora elogiado. Es un hombre imitador de Cristo, pero tal vez se le parece más cuando es atacado que cuando es alabado.

Todos los textos de estudio. Todos los útiles de escritorio, dibujo y pintura:

MESAS Y TABLEROS DE DIBUJO

Casa Zamorano y Caperán

COMPANÍA 1015 y 1019 — CASILLA 362

TELEFONOS: 80726, 80727 y 80728

S A N T I A G O

Libros de actualidad

"El nacionalismo frente al cristianismo", por Augusto J. Durelli ...	\$ 25.—
"Israel et nous", por Robert Vallery-Radot ...	25.—
"D'où vient l'Allemagne?... Et où va-t-elle?", por Gonzague de Reynold ...	22.—
"L'Europe unie", por Coudenhove-Kalergi ...	19.80
"L'Allemagne", por Jacques Bainville, ..2 tomos, cu ...	27.50
"Libro amarillo francés. Documentos diplomáticos, 1938-1939; Ministerio de Relaciones Exteriores" ...	18.—
"Le revélement de l'Allemagne 1918-1938", por Albert Rivaud ...	47.—
"L'heroique Finlande, visions de guerre: 2 décembre 1939-1.º février 1940", por Henri Danjou ...	23.—
"De la justice politique; note sur la présente guerre", por Jacques Maritain ...	12.—
"La Prusse es l'Europe", por Emil Ludwig ...	14.40
"Positions francaises-Chronique de l'année 1939", por Georges Duhamel ...	21.40
"Hitler et moi" por Otto Strasser ...	23.—
"Finances de guerre", por Paul Reynaud ...	19.80
"La guerre de trente ans - Destin d'un age, 1909-1939", por Henri Massis	30.—

EDITORIAL ERCILLA

AGUSTINAS 1639

COMPANIA NACIONAL DE TEJIDOS

"EL SALTO"

SANTIAGO

TELEFONO 67529.

CASILLA 661.

Dirección Telefónica: "Paños"

ALMACENES DE VENTA: HUERFANOS 1508

Casimires peinados y cardados — Paños para uniformes

Fantasías y paños para señoras

LANAS PARA TEJER

MARCA

"ROSA"

CAPITAL Y RESERVAS : 30 MILLONES

— 900 OPERARIOS —

INSTALACIONES MODERNAS

Americanismo

Ante el caos que hoy ahoga los restos de la cultura europea, ¿no se hace más que nunca necesario meditar sobre las posibilidades del Continente Americano y el papel que está llamado a cumplir entre los pueblos?

El momento convida a una honda meditación, a un análisis de nuestros valores y a la intuición de nuestro porvenir. La juventud, que está llamada a imprimir los futuros rumbos y marcar las grandes líneas de la nueva cultura en gestación, tiene ya la inquietud del instante que se avecina. Dos de sus representantes, Raúl Oliva, abogado y Presidente de la Juventud Católica de la Arquidiócesis de Santiago, y Augusto José Durelli, ingeniero, sociólogo y publicista argentino, han querido desde estas páginas, preludiar el estudio de un tema de anchas proyecciones.

Raúl Oliva

En busca del alma de América

Redescubrimiento de América

“El humanismo europeo ¿ha devenido incapaz de una resurrección que devolvería a sus principios el valor de combate? Si acaso no es capaz de tener conciencia de sí mismo, de prepararse para una lucha en una renovación de sus fuerzas vitales, entonces perecerá y con él Europa, cuyo nombre no será más que una expresión puramente geográfica e histórica.”

Thomas Mann.

Desde hace mucho tiempo, tal vez desde la emancipación política, las miradas de los americanos están fijadas en Europa. Parece, en no pocas ocasiones, que les desagradara profundamente haber nacido en América y que, espiritualmente al menos, se sintieran hijos del Viejo Continente.

Por extraña paradoja los americanos conocen muy bien la historia y la política, la ciencia y el arte, la vida de Europa. Los acontecimientos de allá hacen vibrar como si fuera algo propio su ser: En cambio, todo lo de América permanece olvidado en un lugar obscuro y solitario de la casa. Ya en la escuela se les hizo ver, tanto se enseñaba de Europa y tan poco de América, que lo americano era algo sin importancia.

Por eso, no es de sorprender que no se considere para nada la vida y las condiciones ambientales de nuestras naciones y que ellas sean laboratorios en pequeño en que se repite en miniatura y con algunos meses o años de atraso las ideas, los hechos y los gustos del Antiguo Continente.

Sin embargo, un ojo avizor presente que en nuestros países balbucea un movimiento de curiosidad y de interés, hasta de comprensión y de cariño, por lo americano. Se habla de resolver los problemas en armonía con la realidad americana, se estudia el folklore, algunos científicos van en demanda de una ciencia americana.

Europa inquieta por convulsiones de muerte, doliente por sus actuales y terribles guerras, en que no hay paz para el trabajo del espíritu, es un hombre acabado, una nueva Atlántida que se esfuma. Muchos, por vez primera, habrán pensado en su interior en la felicidad que es vivir en América.

Estamos en un buen momento para conversar sobre América.

Descubierta América por Colón; se trata, ahora — en otro tiempo de la historia, — que todos los americanos descubran espiritualmente cada uno para sí América; que entiendan su significado, su valor, sus posibilidades, que conozcan América, tierra donde viven.

Las dos Américas

“Comparad la India con las Filipinas y ahí está, en elocuente contraste, la diferencia entre nuestro método, que postula que los demás pueblos pueden y deben ser como nosotros; y el inglés, que a primera vista parece generoso, pero que, en realidad, se funda en el absoluto desprecio del pueblo dominador al dominado.”

Ramiro de Maeztu.

Aunque América constituye una unidad geográfica y continental, si nos adentramos en ella, apreciaremos que no hay sólo una América, sino dos Américas. La frontera de Méjico con los Estados Unidos es la línea de demarcación entre ambas.

Clave de la existencia de estas dos Américas es la colonización. Al norte de Méjico la colonización inglesa, en Méjico y al sur la colonización hispana. La diferencia entre una y otra la encontramos en aquel preferir de Francis Bacon: “Prefiero las plantaciones que se realizan en terreno puro, esto es, donde no se desarraiga a un pueblo para arraigar a otro”.

Los ingleses trasladaron sus viviendas de Inglaterra a la Nueva Inglaterra, desarraigaron a los pueblos indígenas para dar paso a su pueblo. Los ingleses, como la mayoría de los países del norte de Europa, tenían y tienen cierta conciencia de superioridad racial. Nada de mezclas, nada de unión con el indio: “Soy inglés, el piel roja es para mí un individuo de raza inferior”.

En suma, la labor inglesa no es más que colonización. Es el gran señor que cultiva sus tabacales, o sus campos de algodón, o que comercia en el té, o en el trigo y que únicamente se aprovecha del indio en cuanto le sirve, y si no le sirve, le reemplaza por el negro.

Entre lo inglés y lo indígena había en América un abismo.

Los españoles — también los portugueses — llevaron a cabo más que una obra colonizadora: efectuaron una fusión, un amalgamamiento de pueblos. Crearon una nueva raza, se mezclaron el blanco y el indio y de esta conjunción

nace un nuevo conglomerado étnico. España transfundió su cultura, su lengua, su religión, y fusiona su raza con la raza indígena.

España desarrolla esta gigantesca tarea de asimilación de pueblos, en razón de que no se siente portadora de una raza superior. Como dice Maeztu: "Los españoles no nos hemos creído nunca pueblo superior. Nuestro ideal ha sido siempre trascendente. Lo que hemos creído superior es nuestro credo en la igualdad esencial de los hombres". ("Defensa de la Hispanidad", pág. 70). Para España no hay super-razas, todas ellas, como todos los hombres, tienen posibilidades de perfeccionarse. La conciencia en la igualdad esencial de los hombres, porque todos son hijos de Dios y tienen el mismo destino eterno, hace que los españoles tengan como norma la igualdad de los pueblos y que en la conquista de América se amalgamen lo español y lo indio.

Se puede decir que la colonización inglesa es como llevar un árbol de Europa y simplemente transplantarlo a tierra americana, es el mismo árbol que en América da los mismos frutos. La colonización hispana es como llevar un árbol al Nuevo Continente e injertarle ramas de otro árbol, de tal manera se transforma en un árbol distinto que produce frutos distintos.

Los Estados Unidos y Canadá se han generado exclusivamente por el hombre, el espíritu, la civilización y la cultura europea: los países hispanoamericanos, al contrario, se han elaborado por la acción conjunta de los elementos hispánicos con los elementos indios. De aquí que en América del norte (la ubicada geográficamente al norte de México) no tenga ninguna importancia lo autóctono, en tanto que en América del sur, como resultado del sentido colonizador hispano-portugués, lo autóctono tiene bastante importancia.

América del norte logró estabilización, alcanzó rápidamente un cierto tipo de civilización, de cultura, de desarrollo económico, que le es peculiar, porque se estaba plasmando al calor del ambiente americano un sólo y homogéneo elemento: el europeo. América del sur ha trabajado lentamente, ella no ha conseguido su grado definitivo de desarrollo: el hombre, la civilización, la cultura, la vida hispanoamericana están en pleno período de formación, porque en esta América se estaban asimilando e influenciando mutuamente dos grupos heterogéneos: el español y el indio. América del sur es un adolescente que afanosamente trata de hallar su camino.

De tal manera, la génesis histórica de estas dos agrupaciones de pueblos nos demuestra que estamos en presencia de dos Américas diferentes. Ellas tienen su idiosincrasia, su espíritu, sus problemas propios: El alma de la América de extracción inglesa no es sino un matiz del alma europea, con una acentuación en el aspecto material y meramente civilizador, con desmedro del aspecto espiritual y de los valores culturales; el alma de la América de extracción hispana es algo nuevo, dado a luz por la fusión de lo hispánico con lo indio. Es del caso anotar que los pueblos hispánicos, por sus antecedentes árabes y judíos, son considerados como los menos europeos de los pueblos de Europa.

El alma de la América hispana

“En el nuevo mundo, la cultura ha de ser de tipo formativo y creador, más atenta a construir el futuro que a historiar y analizar el pasado.”

José Vasconcelos.

En la vida de América hispana podemos distinguir dos etapas bien diferenciadas. En la primera de ellas, esta América se siente irresistiblemente atraída por cosas ajenas a sí misma, tiene temor de lo suyo propio, inquietudes y soluciones europeas y yanquis son trasladadas integralmente al terruño hispanoamericano. Se tiene miedo de expresar algo nuevo, en Europa y en los Estados Unidos siempre se dice la última palabra. América hispana desempeña, en este período, el papel de simple copista o de mero traductor del pensamiento y del actuar extranjero.

No obstante, América hispana se acerca a la mayor edad y comienza a conocerse a sí misma y a formar conciencia del valor de su posición ante la vida y a comprender sus vastas posibilidades. Tal vez recién estemos en los inicios de esta segunda etapa. América hispana no se vuelve ya hacia afuera, sino que se vuelve hacia adentro en penetrante introspección.

Hagamos también una especie de introspección.

Los pueblos hispanoamericanos han nacido de la conjunción del factor hispánico con el factor indio. De esta unión de lo hispánico con lo indígena surge un pueblo nuevo. Es el espíritu, la cultura y la raza hispánica que fusionada con el espíritu, la cultura y la raza india, y sometida en el tiempo a la influencia del ambiente, da nacimiento a un nuevo espíritu, a una nueva cultura, a una nueva raza.

Y a estos dos núcleos primitivos se agregan secundariamente influencias culturales y raciales de otros países.

El factor indígena es el factor inicial, a él se han unido en el tiempo los otros factores. El ha sido un aporte por demás importante en la formación de los pueblos hispano-americanos. Este elemento es el dador de la materia prima, sobre la cual se han ido mezclando las influencias posteriores. En un sentido de cualidad es él inferior al factor hispánico, más en sentido cuantitativo es superior.

A lo indígena se unió, en primer lugar, el factor hispánico. Este es un factor determinante. A lo indio, cultura estática y raza apagada se vinculó la cultura y la raza hispánica haciendo que lo aborígen tomara un nuevo sentido de vida. Lo hispánico influyó en lo indígena en forma determinante dándole elementos culturales y raciales decisivos: catolicismo, lengua, etc. En forma especial es preciso decir que a la concepción de la vida materialista india infundió lo hispánico una concepción espiritualista de la vida.

A lo aborígen no sólo se ha unido lo hispánico, también se han agregado y se agregarán en el futuro otros factores, que son de carácter secundario. A éstos, porque es imposible individualizarlos determinadamente, los llamamos complejos. Así, desde que a lo indio se vinculó lo hispánico, constantemente se hacen sentir: influencias culturales e ideológicas, inmigraciones europeas posteriores. Estos elementos complejos en lo esencial se amoldan al núcleo primitivo indio-hispánico, pero a su vez ejercen presión sobre él.

Por último, señalamos el gran poder del ambiente (clima, geografía, condiciones de vida). Una mirada superficial puede no conceder importancia a esta influencia ambiental, sin embargo, ella tiene gran significación, aun todo lo europeo o lo yanqui por el sólo hecho de que se ponga al contacto del ambiente de América hispana toma un barniz propio y peculiar. Gráficamente ha pintado el poder que ejerce la selva americana sobre el ser humano, José Eustasio Rivera, en su novela "La Vorágine".

Queremos hacer resaltar que la resultante de esta unión de lo hispánico, lo indio, y otros elementos, es algo que no es ni hispánico, ni indio, sino algo nuevo.

Es una nueva posición, espíritu, cultura, civilización, raza que se genera en América hispana. Al hablar de nueva raza, de ningún modo pensamos que ella sea superior, a nuestro entender todas las razas son iguales, y todas tienen posibilidad de perfeccionamiento.

Esta nueva concepción de la vida, esta "Weltanschauung" hispanoamericana, tiene más vida en el porvenir que en el pasado. El hispanoamericanismo es un movimiento de futuro, es una cultura en gestación, algo que se está plasmando, un proceso en ebullición. Los pueblos hispanoamericanos, a diferencia de los pueblos europeos y de los del norte de América, son más pueblos de futuro que de pasado, su vida se proyecta en el porvenir, su cultura debe estar más atenta "a construir el futuro que a historiar y analizar el pasado".

En esta América, por una unión conjunta en cada país — en un *mínimum* práctico — de todas las fuerzas conscientes, cualquiera que sea su pensamiento religioso o su ideología política, se irá a solucionar el problema vital, sin lo cual no es posible, ni religión, ni patria, ni cultura, ni cualquiera manifestación del espíritu; se irá a proporcionar a los pobladores condiciones humanas de vida, conjuntamente con esto se llevará a cabo una mejor distribución racional de la propiedad; las condiciones inhumanas en que vive la gran masa proletaria y la concentración de la propiedad en unas pocas manos son graves problemas que afectan a la totalidad de Hispano-América.

La "Weltanschauung" que se está generando en América hispana tendrá un basamento altamente espiritual. Frente a Europa y los Estados Unidos que tratan inútilmente de dar solución a sus problemas por medios externos y *cóercitivos*, en América del sur ellos se resolverán llegando hasta el hombre mismo. En estos pueblos de América se habrá comprendido qué poco valen las transformaciones políticas y sociales si ellas no llevan aparejadas la transformación del hombre, que mientras no se cambie a la persona misma, mientras no se vaya a lo hondo del ser humano, los frutos serán pobres.

Aun cuando en la realización de todo esto participarán católicos y no católicos, en el fondo esta concepción de la vida, cultura, civilización, será guiada por el Evangelio, por la buena nueva de Cristo.

Falsedad de "América una"

"El Panamericanismo habita un palacio de mármol en Wáshington. Allí funciona un consejo presidido por el secretario de Estado. El Director General de la Unión es también ciudadano de la Gran República. Los dieciocho hispano-americanos, el brasileño y el negro de Haití, condenados a ser eternamente presididos, no pueden pasar al asiento de la cabecera."

Carlos Pereyra.

El grito de "América una", en América no hay más que americanos, se opone a la realidad misma. En América hay dos Américas, la dualidad del Nuevo Continente es un hecho incontrastable. América no es un todo, está dividida en dos partes perfectamente delimitadas. Cada una de ellas tiene su misión histórica propia y distinta.

Por eso los verdaderos hispanoamericanos rechazan al panamericanismo, esto es, aquel movimiento que fundamentándose en la unidad geográfica y continental de los pueblos de América, pretende que esta unidad es el único lazo efectivo que puede vincular a los pueblos americanos, al mismo tiempo, opone esta unidad a la unidad de otros continentes, en especial al europeo.

El único motivo de unión entre ambas Américas es la contigüidad geográfica y la unidad continental. Y nunca ha sido tal motivo razón suficiente para agrupar a los pueblos, ni para determinarles una misma misión en la historia. El hecho de la convivencia en un mismo continente es débil argumento para tal unión, más todavía, si se tiene en cuenta las diferencias profundas que separan a las dos Américas.

No es posible indicar determinantemente tales diferencias, sin embargo, señalaremos algunas.

Discrepancias religiosas: En los Estados Unidos (tomamos a este país como ejemplo típico de nación de la América que debe su germen a la colonización inglesa) domina el protestantismo, de raíz puritana, anémico y falto de vida; en Hispano-América esa fuerza vigorosa y llena de vida, que es el catolicismo. Digase lo que se diga, en estos países existe, junto a un catolicismo efectivo, una conciencia general católica, que se encuentra tanto en el dueño de un campo o de una empresa como en el obrero que gana cada día laboriosamente su sustento.

Discrepancias lingüísticas: Allá el inglés, aquí el español. Idiomas que tienen muy poco de común, por no decir nada. Además, ¿quién sabe si en estos pueblos hispano-

americanos, con el transcurso del tiempo, se vaya modelando un nuevo y propio idioma?

Discrepancias biológicas: En los Estados Unidos nos encontramos con la simple raza europea trasladada a América; en los pueblos hispanoamericanos ha nacido una raza nueva, conglutinado de lo hispano y lo indígena.

Discrepancias en la concepción de la vida: En los Estados Unidos la concepción de la vida que domina es la del buen "Babbitt" — la del mediocre y buen burgués "Babbitt", — en que el hombre se mueve en función del dinero. Los valores culturales, científicos y artísticos son tomados en cuenta solamente en cuanto ellos pueden importar una cierta utilidad económica. Esto es lo que explica que siendo los Estados Unidos un pueblo altamente civilizado, en que la técnica, la industria y lo mecánico alcanzan un desarrollo prodigioso, sea, a la vez, un país que da ejemplo de pobreza cultural. En este sentido cultural, los pueblos hispanoamericanos están colocados en un grado claramente superior al país del norte. En los países sudamericanos a pesar de cierto materialismo que se puede apreciar en algunas manifestaciones, existe una concepción de la vida más elevada, en que no se considera al dinero como centro motor, y en que tienen un valor en sí los elementos del espíritu. En los hispanoamericanos hay mucho de la concepción de la vida idealista y aventurera del Quijote.

Discrepancias económicas: Los Estados Unidos son un país altamente industrializado, y ejercen un efectivo imperialismo sobre los países iberoamericanos. Alguien ha dicho: "Nos interesa saber y no olvidar, que nuestra riqueza está bajo el control del imperialismo, que esa riqueza, producida por las manos de millones de trabajadores latinoamericanos, no nos pertenece. Sus beneficios son para el imperialismo, no para nosotros. Nos interesa saber también, que mientras nuestros países no tienen nada invertido en los Estados Unidos, éstos tienen mucho invertido en nuestros países. Y esas inversiones no se hacen por generoso afán de darnos progreso y ayuda, sino por negocio. El progreso que nos dan esas inversiones y el mínimo beneficio que nos dejan son pagados desproporcionalmente, cuestan caro, se pagan con trabajo y con oro y se pagan también con libertad". Para poner en acción el rodaje de este imperialismo económico, Estados Unidos efectúa una labor de "protector" de los pueblos hispanoamericanos. Las intervenciones toman diferentes formas, desde el simple envío de notas diplomáticas, desde las simples observaciones que en tales o cuales condiciones se concederá o no un empréstito, desde la visita de agentes observadores, hasta el

desembarco de tropas y el bombardeo. La estadística nos dice que desde 1898 hasta la fecha, en los países del Caribe, ha intervenido los Estados Unidos con más de treinta expediciones armadas.

Este avance imperialista de los Estados Unidos en los pueblos del sur hace necesario que todos estos se unan en defensa común. Este imperialismo entraba la libre acción de los gobiernos, perturba la libre economía de los países, crea la corrupción administrativa y ejerce, en fin, una influencia nociva por medio de las agencias de prensa, el cinematógrafo y las sucursales protestantes.

Carlos Pereyra, Vasconcelos, Maeztu, Haya de la Torre y tantos otros han denunciado, en repetidas ocasiones, el peligro imperialista yanqui.

Esto que acabamos de exponer no significa que desconozcamos la necesidad de los capitales extranjeros en América hispana, que por su economía incipiente los necesita; lo que queremos decir es que sólo se admita al capital yanqui, y en general al extranjero, en cuanto sea estrictamente indispensable. En buenas palabras, que no se siga la política actual, negligente y pasiva ante el capital extranjero, sino una política activa de determinación de su necesidad, de fiscalización, control y de división proporcional entre las naciones interesadas, esto último para que no resulte que, en los respectivos países de América hispana, la casi totalidad del capital extranjero provenga de una sola nación, situación que entraba la independencia y la libertad de cada uno de estos países.

Puede agregarse todavía una serie de diferencias de importancia entre ambas Américas. Ya hemos insistido, anteriormente, en su diversidad de génesis histórica. En realidad, las discrepancias recién anotadas no son sino una consecuencia del distinto origen de estas dos Américas. Sería, por último, material de extraordinario interés tanto el estudio de la distinta concepción de la familia, el matrimonio y el hogar, como un análisis de la psicología del hombre norteamericano y del hombre hispanoamericano. Respecto a este último punto, Keyserling, junto a reflexiones filosóficas equivocadas, nos ha dado, en su libro "Meditaciones Sudamericanas", interesantes observaciones sobre el carácter de los hispanoamericanos.

En consecuencia, rechazamos al panamericanismo, por carecer de todo fundamento, descartamos una misión histórica en conjunto de los países de América, y consideramos no sólo innecesaria, sino peligrosa — en razón del imperialismo que ejerce el país del norte — cualquiera unión de carácter permanente entre ambas Américas. Todo esto, como

Descubierta América por Colón; se trata, ahora — en otro tiempo de la historia, — que todos los americanos descubran espiritualmente cada uno para sí América; que entiendan su significado, su valor, sus posibilidades, que conozcan América, tierra donde viven.

Las dos Américas

“Comparad la India con las Filipinas y ahí está, en elocuente contraste, la diferencia entre nuestro método, que postula que los demás pueblos pueden y deben ser como nosotros; y el inglés, que a primera vista parece generoso, pero que, en realidad, se funda en el absoluto desprecio del pueblo dominador al dominado.”

Ramiro de Maeztu.

Aunque América constituye una unidad geográfica y continental, si nos adentramos en ella, apreciaremos que no hay sólo una América, sino dos Américas. La frontera de Méjico con los Estados Unidos es la línea de demarcación entre ambas.

Clave de la existencia de estas dos Américas es la colonización. Al norte de Méjico la colonización inglesa, en Méjico y al sur la colonización hispana. La diferencia entre una y otra la encontramos en aquel preferir de Francis Bacon: “Prefiero las plantaciones que se realizan en terreno puro, esto es, donde no se desarraiga a un pueblo para arraigar a otro”.

Los ingleses trasladaron sus viviendas de Inglaterra a la Nueva Inglaterra, desarraigaron a los pueblos indígenas para dar paso a su pueblo. Los ingleses, como la mayoría de los países del norte de Europa, tenían y tienen cierta conciencia de superioridad racial. Nada de mezclas, nada de unión con el indio: “Soy inglés, el piel roja es para mí un individuo de raza inferior”.

En suma, la labor inglesa no es más que colonización. Es el gran señor que cultiva sus tabacales, o sus campos de algodón, o que comercia en el té, o en el trigo y que únicamente se aprovecha del indio en cuanto le sirve, y si no le sirve, le reemplaza por el negro.

Entre lo inglés y lo indígena había en América un abismo.

Los españoles — también los portugueses — llevaron a cabo más que una obra colonizadora: efectuaron una fusión, un amalgamamiento de pueblos. Crearon una nueva raza, se mezclaron el blanco y el indio y de esta conjunción

nace un nuevo conglomerado étnico. España transfundió su cultura, su lengua, su religión, y fusiona su raza con la raza indígena.

España desarrolla esta gigantesca tarea de asimilación de pueblos, en razón de que no se siente portadora de una raza superior. Como dice Maeztu: "Los españoles no nos hemos creído nunca pueblo superior. Nuestro ideal ha sido siempre trascendente. Lo que hemos creído superior es nuestro credo en la igualdad esencial de los hombres". ("Defensa de la Hispanidad", pág. 70). Para España no hay super-razas, todas ellas, como todos los hombres, tienen posibilidades de perfeccionarse. La conciencia en la igualdad esencial de los hombres, porque todos son hijos de Dios y tienen el mismo destino eterno, hace que los españoles tengan como norma la igualdad de los pueblos y que en la conquista de América se amalgamen lo español y lo indio.

Se puede decir que la colonización inglesa es como llevar un árbol de Europa y simplemente transplantarlo a tierra americana, es el mismo árbol que en América da los mismos frutos. La colonización hispana es como llevar un árbol al Nuevo Continente e injertarle ramas de otro árbol, de tal manera se transforma en un árbol distinto que produce frutos distintos.

Los Estados Unidos y Canadá se han generado exclusivamente por el hombre, el espíritu, la civilización y la cultura europea: los países hispanoamericanos, al contrario, se han elaborado por la acción conjunta de los elementos hispánicos con los elementos indios. De aquí que en América del norte (la ubicada geográficamente al norte de México) no tenga ninguna importancia lo autóctono, en tanto que en América del sur, como resultado del sentido colonizador hispano-portugués, lo autóctono tiene bastante importancia.

América del norte logró estabilización, alcanzó rápidamente un cierto tipo de civilización, de cultura, de desarrollo económico, que le es peculiar porque se estaba plasmando al calor del ambiente americano un sólo y homogéneo elemento: el europeo. América del sur ha trabajado lentamente, ella no ha conseguido su grado definitivo de desarrollo: el hombre, la civilización, la cultura, la vida hispanoamericana están en pleno período de formación, porque en esta América se estaban asimilando e influenciando mutuamente dos grupos heterogéneos: el español y el indio. América del sur es un adolescente que afanosamente trata de hallar su camino.

De tal manera, la génesis histórica de estas dos agrupaciones de pueblos nos demuestra que estamos en presencia de dos Américas diferentes. Ellas tienen su idiosincrasia, su espíritu, sus problemas propios: El alma de la América de extracción inglesa no es sino un matiz del alma europea, con una acentuación en el aspecto material y meramente civilizador, con desmedro del aspecto espiritual y de los valores culturales; el alma de la América de extracción hispana es algo nuevo, dado a luz por la fusión de lo hispánico con lo indio. Es del caso anotar que los pueblos hispánicos, por sus antecedentes árabes y judíos, son considerados como los menos europeos de los pueblos de Europa.

El alma de la América hispana

“En el nuevo mundo, la cultura ha de ser de tipo formativo y creador, más atenta a construir el futuro que a historiar y analizar el pasado.”

José Vasconzelos.

En la vida de América hispana podemos distinguir dos etapas bien diferenciadas. En la primera de ellas, esta América se siente irresistiblemente atraída por cosas ajenas a sí misma, tiene temor de lo suyo propio, inquietudes y soluciones europeas y yanquis son trasladadas integralmente al terruño hispanoamericano. Se tiene miedo de expresar algo nuevo, en Europa y en los Estados Unidos siempre se dice la última palabra. América hispana desempeña, en este período, el papel de simple copista o de mero traductor del pensamiento y del actuar extranjero.

No obstante, América hispana se acerca a la mayor edad y comienza a conocerse a sí misma y a formar conciencia del valor de su posición ante la vida y a comprender sus vastas posibilidades. Tal vez recién estemos en los inicios de esta segunda etapa. América hispana no se vuelve ya hacia afuera, sino que se vuelve hacia adentro en penetrante introspección.

Hagamos también una especie de introspección.

Los pueblos hispanoamericanos han nacido de la conjunción del factor hispánico con el factor indio. De esta unión de lo hispánico con lo indígena surge un pueblo nuevo. Es el espíritu, la cultura y la raza hispánica que, fusionada con el espíritu, la cultura y la raza india, y sometida en el tiempo a la influencia del ambiente, da nacimiento a un nuevo espíritu, a una nueva cultura, a una nueva raza.

Y a estos dos núcleos primitivos se agregan secundariamente influencias culturales y raciales de otros países.

El factor indígena es el factor inicial, a él se han unido en el tiempo los otros factores. El ha sido un aporte por demás importante en la formación de los pueblos hispano-americanos. Este elemento es el dador de la materia prima, sobre la cual se han ido mezclando las influencias posteriores. En un sentido de cualidad es él inferior al factor hispánico, más en sentido cuantitativo es superior.

A lo indígena se unió, en primer lugar, el factor hispánico. Este es un factor determinante. A lo indio, cultura estática y raza apagada se vinculó la cultura y la raza hispánica haciendo que lo aborígen tomara un nuevo sentido de vida. Lo hispánico influyó en lo indígena en forma determinante dándole elementos culturales y raciales decisivos: catolicismo, lengua, etc. En forma especial es preciso decir que a la concepción de la vida materialista india infundió lo hispánico una concepción espiritualista de la vida.

A lo aborígen no sólo se ha unido lo hispánico, también se han agregado y se agregarán en el futuro otros factores, que son de carácter secundario. A éstos, porque es imposible individualizarlos determinadamente, los llamamos complejos. Así, desde que a lo indio se vinculó lo hispánico, constantemente se hacen sentir: influencias culturales e ideológicas, inmigraciones europeas posteriores. Estos elementos complejos en lo esencial se amoldan al núcleo primitivo indio-hispánico, pero a su vez ejercen presión sobre él.

Por último, señalamos el gran poder del ambiente (clima, geografía, condiciones de vida). Una mirada superficial puede no conceder importancia a esta influencia ambiental, sin embargo, ella tiene gran significación, aun todo lo europeo o lo yanqui por el sólo hecho de que se ponga al contacto del ambiente de América hispana toma un barniz propio y peculiar. Gráficamente ha pintado el poder que ejerce la selva americana sobre el ser humano, José Eustasio Rivera, en su novela "La Vorágine".

Queremos hacer resaltar que la resultante de esta unión de lo hispánico, lo indio, y otros elementos, es algo que no es ni hispánico, ni indio, sino algo nuevo.

Es una nueva posición, espíritu, cultura, civilización, raza que se genera en América hispana. Al hablar de nueva raza, de ningún modo pensamos que ella sea superior, a nuestro entender todas las razas son iguales, y todas tienen posibilidad de perfeccionamiento.

Esta nueva concepción de la vida, esta "Weltanschauung" hispanoamericana, tiene más vida en el porvenir que en el pasado. El hispanoamericanismo es un movimiento de futuro, es una cultura en gestación, algo que se está plasmando, un proceso en ebullición. Los pueblos hispanoamericanos, a diferencia de los pueblos europeos y de los del norte de América, son más pueblos de futuro que de pasado, su vida se proyecta en el porvenir, su cultura debe estar más atenta "a construir el futuro que a historiar y analizar el pasado".

En esta América, por una unión conjunta en cada país — en un *mínimum* práctico. — de todas las fuerzas conscientes, cualquiera que sea su pensamiento religioso o su ideología política, se irá a solucionar el problema vital, sin lo cual no es posible, ni religión, ni patria, ni cultura, ni cualquiera manifestación del espíritu; se irá a proporcionar a los pobladores condiciones humanas de vida, conjuntamente con esto se llevará a cabo una mejor distribución racional de la propiedad; las condiciones inhumanas en que vive la gran masa proletaria y la concentración de la propiedad en unas pocas manos son graves problemas que afectan a la totalidad de Hispano-América.

La "Weltanschauung" que se está generando en América hispana tendrá un basamento altamente espiritual. Frente a Europa y los Estados Unidos que tratan inútilmente de dar solución a sus problemas por medios externos y coercitivos, en América del sur ellos se resolverán llegando hasta el hombre mismo. En estos pueblos de América se habrá comprendido qué poco valen las transformaciones políticas y sociales si ellas no llevan aparejadas la transformación del hombre, que mientras no se cambie a la persona misma, mientras no se vaya a lo hondo del ser humano, los frutos serán pobres.

Aun cuando en la realización de todo esto participarán católicos y no católicos, en el fondo esta concepción de la vida, cultura, civilización, será guiada por el Evangelio, por la buena nueva de Cristo.

Falsedad de "América una"

"El Panamericanismo habita un palacio de mármol en Wáshington. Allí funciona un consejo presidido por el secretario de Estado. El Director General de la Unión es también ciudadano de la Gran República. Los dieciocho hispano-americanos, el brasileño y el negro de Haití, condenados a ser eternamente presididos, no pueden pasar al asiento de la cabecera."

Carlos Pereyra.

El grito de "América una", en América no hay más que americanos, se opone a la realidad misma. En América hay dos Américas, la dualidad del Nuevo Continente es un hecho incontrastable. América no es un todo, está dividida en dos partes perfectamente delimitadas. Cada una de ellas tiene su misión histórica propia y distinta.

Por eso los verdaderos hispanoamericanos rechazan al panamericanismo, esto es, aquel movimiento que fundamentándose en la unidad geográfica y continental de los pueblos de América, pretende que esta unidad es el único lazo efectivo que puede vincular a los pueblos americanos, al mismo tiempo, opone esta unidad a la unidad de otros continentes, en especial al europeo.

El único motivo de unión entre ambas Américas es la contigüidad geográfica y la unidad continental. Y nunca ha sido tal motivo razón suficiente para agrupar a los pueblos, ni para determinarles una misma misión en la historia. El hecho de la convivencia en un mismo continente es débil argumento para tal unión, más todavía, si se tiene en cuenta las diferencias profundas que separan a las dos Américas.

No es posible indicar determinantemente tales diferencias, sin embargo, señalaremos algunas.

Discrepancias religiosas: En los Estados Unidos (tomamos a este país como ejemplo típico de nación de la América que debe su germen a la colonización inglesa) domina el protestantismo, de raíz puritana, anémico y falto de vida; en Hispano-América esa fuerza vigorosa y llena de vida, que es el catolicismo. Dígase lo que se diga, en estos países existe, junto a un catolicismo efectivo, una conciencia general católica, que se encuentra tanto en el dueño de un campo o de una empresa como en el obrero que gana cada día laboriosamente su sustento.

Discrepancias lingüísticas: Allá el inglés, aquí el español. Idiomas que tienen muy poco de común, por no decir nada. Además, ¿quién sabe si en estos pueblos hispano-

americanos, con el transcurso del tiempo, se vaya modelando un nuevo y propio idioma?

Discrepancias biológicas: En los Estados Unidos nos encontramos con la simple raza europea trasladada a América; en los pueblos hispanoamericanos ha nacido una raza nueva, conglutinado de lo hispano y lo indígena.

Discrepancias en la concepción de la vida: En los Estados Unidos la concepción de la vida que domina es la del buen "Babbitt" — la del mediocre y buen burgués "Babbitt", — en que el hombre se mueve en función del dinero. Los valores culturales, científicos y artísticos son tomados en cuenta solamente en cuanto ellos pueden importar una cierta utilidad económica. Esto es lo que explica que siendo los Estados Unidos un pueblo altamente civilizado, en que la técnica, la industria y lo mecánico alcanzan un desarrollo prodigioso, sea, a la vez, un país que da ejemplo de pobreza cultural. En este sentido cultural, los pueblos hispanoamericanos están colocados en un grado claramente superior al país del norte. En los países sudamericanos a pesar de cierto materialismo que se puede apreciar en algunas manifestaciones, existe una concepción de la vida más elevada, en que no se considera al dinero como centro motor, y en que tienen un valor en sí los elementos del espíritu. En los hispanoamericanos hay mucho de la concepción de la vida idealista y aventurera del Quijote.

Discrepancias económicas: Los Estados Unidos son un país altamente industrializado, y ejercen un efectivo imperialismo sobre los países iberoamericanos. Alguien ha dicho: "Nos interesa saber y no olvidar, que nuestra riqueza está bajo el control del imperialismo, que esa riqueza, producida por las manos de millones de trabajadores latinoamericanos, no nos pertenece. Sus beneficios son para el imperialismo, no para nosotros. Nos interesa saber también, que mientras nuestros países no tienen nada invertido en los Estados Unidos, éstos tienen mucho invertido en nuestros países. Y esas inversiones no se hacen por generoso afán de darnos progreso y ayuda, sino por negocio. El progreso que nos dan esas inversiones y el mínimo beneficio que nos dejan son pagados desproporcionalmente, cuestan caro, se pagan con trabajo y con oro y se pagan también con libertad". Para poner en acción el rodaje de este imperialismo económico, Estados Unidos efectúa una labor de "protector" de los pueblos hispanoamericanos. Las intervenciones toman diferentes formas, desde el simple envío de notas diplomáticas, desde las simples observaciones que en tales o cuales condiciones se concederá o no un empréstito, desde la visita de agentes observadores, hasta el

desembarco de tropas y el bombardeo. La estadística nos dice que desde 1898 hasta la fecha, en los países del Caribe, ha intervenido los Estados Unidos con más de treinta expediciones armadas.

Este avance imperialista de los Estados Unidos en los pueblos del sur hace necesario que todos estos se unan en defensa común. Este imperialismo entraba la libre acción de los gobiernos, perturba la libre economía de los países, crea la corrupción administrativa y ejerce, en fin, una influencia nociva por medio de las agencias de prensa, el cinematógrafo y las sucursales protestantes.

Carlos Pereyra, Vasconcelos, Maeztu, Haya de la Torre y tantos otros han denunciado, en repetidas ocasiones, el peligro imperialista yanqui.

Esto que acabamos de exponer no significa que desconozcamos la necesidad de los capitales extranjeros en América hispana, que por su economía incipiente los necesita; lo que queremos decir es que sólo se admita al capital yanqui, y en general al extranjero, en cuanto sea estrictamente indispensable. En buenas palabras, que no se siga la política actual, negligente y pasiva ante el capital extranjero, sino una política activa de determinación de su necesidad, de fiscalización, control y de división proporcional entre las naciones interesadas, esto último para que no resulte que, en los respectivos países de América hispana; la casi totalidad del capital extranjero provenga de una sola nación, situación que entraba la independencia y la libertad de cada uno de estos países.

Puede agregarse todavía una serie de diferencias de importancia entre ambas Américas. Ya hemos insistido, anteriormente, en su diversidad de génesis histórica. En realidad, las discrepancias recién anotadas no son sino una consecuencia del distinto origen de estas dos Américas. Sería, por último, material de extraordinario interés tanto el estudio de la distinta concepción de la familia, el matrimonio y el hogar, como un análisis de la psicología del hombre norteamericano y del hombre hispanoamericano. Respecto a este último punto, Keyserling, junto a reflexiones filosóficas equivocadas, nos ha dado, en su libro "Meditaciones Sudamericanas", interesantes observaciones sobre el carácter de los hispanoamericanos.

En consecuencia, rechazamos al panamericanismo, por carecer de todo fundamento, descartamos una misión histórica en conjunto de los países de América, y consideramos no sólo innecesaria, sino peligrosa — en razón del imperialismo que ejerce el país del norte — cualquiera unión de carácter permanente entre ambas Américas. Todo esto, como

es natural, no es obstáculo para que existan uniones esporádicas y transitorias entre ambas Américas para resolver, si las circunstancias de la historia así lo exigen, puntos continentales comunes.

Hispanidad

“Inglaterra está cada vez más lejos de Norteamérica como España de nosotros.”

Haya de la Torre.

Salvador de Madariaga al calificar, en uno de sus libros, al español como un hombre de pasión — en contraposición, al francés, hombre de pensamiento, y al inglés, hombre de acción — decía una gran verdad.

Cuando un gran escritor español escribe una obra de tesis conmueve, entusiasma, arrastra, y el lector, muchas veces, pierde su facultad de crítica y se deja comunicar libremente esa pasión.

Es necesario que otros acontecimientos o el tiempo vengan a dar la serenidad indispensable para discernir si efectivamente en la tesis sustentada hay un fondo de verdad.

Caso semejante es el que ha ocurrido con Ramiro de Maeztu y su libro “Defensa de la Hispanidad”, el que ha sido leído con profusión en América y ha comunicado un vehemente entusiasmo.

Sucesos posteriores — en especial la guerra de España — han puesto en el primer lugar de la actualidad mundial a lo español, y han hecho pensar, ya con más calma, sobre las ideas de Maeztu, lo que ha conducido a retirar esa adhesión primera, sin reservas, al pensamiento del gran escritor español.

Dice Maeztu: “Hispánicos son, pues, todos los pueblos que deben la civilización o el ser a los pueblos hispánicos de la península. Hispanidad es el concepto que a todos abarca” (Ob. cit., pág. 20). Hispanidad es, por consiguiente, un concepto amplio que comprende a España, Portugal y los pueblos colonizados por estos dos países.

Los sustentadores de la hispanidad ven un destino histórico en conjunto entre España (también Portugal) y los países de América hispana, y propician un movimiento de defensa de lo hispánico. Para ellos los lazos que constituyen la hispanidad no son, ni étnicos, ni geográficos, sino ese sentimiento de unidad entre todos estos pueblos basado en la comunidad de origen histórico, de lengua y de religión.

Como decíamos, una rectificación de posición nos ha llevado a desconocer esta misión en conjunto de nuestros países con España.

En verdad, los fundamentos en que descansa la hispanidad no tienen verdadera importancia, ya por no tener valor en sí, ya por no ser propiamente específicos.

La comunidad de origen histórico únicamente significa que España fué uno de los elementos que concurrió a la formación de los pueblos hispanoamericanos (recordemos que también concurrió el elemento indígena).

Este vínculo no es sino un nexo de la historia; algo ya pasado, algo que se distancia con el tiempo. Un vínculo con mucho de sentimiento y con mucho de pasado y nada más.

La comunidad de religión no es un vínculo específico. El catolicismo, por su mismo carácter universal, no es patrimonio de un hombre, ni de un grupo de hombres, no es patrimonio de un pueblo, ni de un grupo de pueblos, es patrimonio de todos los hombres y de todos los pueblos.

Pensar otra cosa es ir contra la Redención, contra el Cuerpo Místico de Cristo y contra el expreso y postrero mandato del Maestro: "Id, pues, e instruid a todas las naciones"...

En la misma forma en que América hispana está unida por su catolicismo a España, lo está a todos los países católicos del orbe, y con los católicos de cualquier país, sean de Francia, de los Estados Unidos o de China.

Nos queda, por último, la comunidad de lenguaje. Y, en realidad, comunidad bastante precaria. Nos parecería absurdo que Inglaterra y los Estados Unidos — que tienen entre sí más similitud que España y América ibérica — por motivo de común lenguaje formaran un movimiento de defensa de lo anglo.

Todavía no queda dentro del terreno de lo improbable, como ya hemos expresado, que en los pueblos hispanoamericanos se vaya creando un idioma propio, que cada vez se diferencie más del español.

En suma, los pueblos hispanoamericanos, sin que esto signifique desconocimiento de lo mucho que le deben a España, constituyen un núcleo distinto a España. Tienen su fisonomía peculiar, sus problemas políticos, sociales, económicos y culturales característicos.

América hispana y España tienen inquietudes diversas.

América hispana y España son dos líneas que se encuentran en un punto y que después marchan por distintos caminos. La separación debe ir forzosamente acentuándose, porque es una norma de la historia que en el devenir del

tiempo las influencias del pueblo conquistador cada vez se van desgastando más.

La corriente indigenista

“Defended al indio que está siendo engañado. Porque con pretexto de la arqueología se le amplifica un pasado que fué lóbrego, más aun antes de la conquista que después y se le predica un divorcio que sería suicida. El divorcio del indio y el mestizo, el divorcio de mestizos y criollos, el divorcio de lo español y lo indígena. Lo mexicano consiste, al contrario, en la alianza perenne de indios, mestizos y criollos. Lo peruano es lo mismo y lo ecuatoriano y lo argentino...”

José Vasconcelos.

En nuestros días se abre camino una corriente indigenista. Ella pretende un retorno a la cultura, al sentido de vida, a las formas político-económicas indígenas. También pretende, por otra parte, la incorporación de las masas indígenas a la vida civilizada en América. Es evidente que, en este segundo aspecto, la corriente indigenista persigue un fin por demás laudable; mas lo que nos interesa, en este estudio, es la primera finalidad de la corriente indigenista.

El movimiento indigenista de más arraigo es el llamado indoamericanismo. Cedamos la palabra a Haya de la Torre, su principal exponente: “Los vanguardistas, los apristas, los anti-imperialistas de América, inclinados a la interpretación económica de la historia, hemos adoptado la denominación Indoamérica como expresión fundamental”... “La nueva revolución de nuestra América será revolución de base y sentido indio. De conciencia o subconciencia indígena expresada en una renovación económica social” (“¿A dónde va Indoamérica?” 3.^a Edi., págs. 28 y 29).

El indoamericanismo nacido como una reacción contra la tendencia extranjerizante que dominaba en América, ha caído en el extremo contrario, ya que pretende un retorno a lo indígena, lo que es sencillamente inaceptable.

El indoamericanismo se caracteriza principalmente por una supervalorización de lo indio, la que lleva consigo un desconocimiento y abandono de lo hispano en la formación de nuestros pueblos. Estos han nacido de la conjunción del factor hispano con el factor indígena y desconocer el primero es desconocer la realidad misma de los hechos.

Precisamente el factor determinante en los pueblos hispanoamericanos no es el factor indio (estático y materialista), sino el factor hispano (dinámico y espiritualista); es-

te último provenía de un pueblo de mucha mayor civilización y cultura.

Todavía se hace más errónea esta supervalorización de lo indígena si se tiene presente que la civilización y la cultura americana a la llegada de los españoles era en extremo pobre, desconocían el arado, la rueda, los cereales panificables, los grandes cuadrúpedos.

Haya de la Torre, quizás se haya visto influenciado por la situación particular de su país, Perú — en el cual el problema indio es un problema real y efectivo. — Pero para muchos pueblos de Hispano-América llega hasta ser ridículo esto de hablar “de revolución de base y sentido indio”.

Misión histórica de los pueblos hispanoamericanos

“Si una guerra llegara finalmente a concluir de aplastar a esta Europa, ¿qué quedaría de nuestros tesoros y de nuestras esperanzas?... Una América más cuerda, más libre, más esperanzada que nosotros, habrá acogido para entonces lo mejor de nuestra obra y quizá a algunos representantes de nuestras tradiciones de cultura.”

Paul Valéry.

Cada país tiene un destino, una misión histórica. A veces, sin desaparecer la misión especial de cada país en particular, es un conglomerado de países que en conjunto tienen una misma vocación histórica.

Tal es el caso de los países hispanoamericanos.

Nosotros hemos descartado al panamericanismo, que persigue una unión histórica de América hispana y norte América; también hemos dejado a un lado a la hispanidad, que pretende una misión histórica conjunta de América hispana, España y Portugal, porque es América hispana, ella sola, porque son los pueblos hispanoamericanos, ellos sólo, los que están llamados a un idéntico destino de la historia.

Igual origen, unos mismos problemas e inquietudes, una misma religión, una misma raza, un mismo ambiente, una misma lengua, por eso, los países hispanoamericanos caminan en una misma ruta histórica, ellos se proyectan hacia el porvenir como un sólo haz de luz.

Hispanoamericanismo, tomando la palabra en su verdadero sentido, es la expresión que comprende y explica la nueva posición, espíritu, cultura que se genera en América hispana.

Hispanoamericanismo es aquel movimiento que, considerando la común vocación histórica a que están llamados los pueblos de América hispana, trata de alcanzar una estrecha unión entre estos países — en todos los órdenes, — una solución en conjunto de sus problemas esenciales, una compenetración mutua, un trabajo en común para buscar y lograr la meta que la historia les señala.

El hispanoamericanismo parte del origen dual de nuestros pueblos — hispano e indígena, — se forma conciencia que con estos elementos, junto con otras influencias que se han mezclado y se mezclarán en el futuro, se está formando una posición, una "Weltanschauung", una cultura nueva.

El no implica ni una supervalorización de lo hispánico, ni menos una supervalorización de lo indio.

No es, ni un retroceso hacia las formas caducas indígenas, ni una mirada sentimental hacia España, ni un doblegarse de esclavo ante los Estados Unidos.

El hispanoamericanismo es una flecha lanzada hacia el futuro llena de propia potencia creadora.

La misión histórica de los pueblos hispanoamericanos es una misión trascendente y salvadora: Elaborar una nueva cultura, aprovechando sus propios elementos y aprovechando los elementos de verdad que se encuentran en la cultura actual, cultura ésta que se derrumba, que se halla en crisis total.

De América hispana saldrá en el porvenir una nueva concepción de la vida plena del más puro espiritualismo.

De esta América hispana tan desconocida, a veces denigrada por sus propios pobladores, dependerán en un futuro, tal vez no lejano, los destinos del mundo entero.

Raúl Oliva.

"EL IMPARCIAL"

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

Sinfonía de los pueblos libres

Pocas imágenes tan fecundas y ricas en contenido como la imagen de la orquesta.

La sociedad humana es una polifonía.

Una polifonía de grupos de instrumentos, no de instrumentos aislados. Una orquesta de cien músicos no es la reunión de cien instrumentos diferentes, sino la armonización de grupos diferentes de instrumentos.

Tampoco puede hacerse una orquesta con instrumentos iguales. Cien violines o cien pianos son una colección de violines o de pianos: no son una orquesta.

¿Y en qué consiste la sublime belleza de una orquesta sino en que cada violín sea lo más violín posible, cada piano lo más piano posible? ¿Qué sería de una orquesta en la que el violín quisiera asemejarse al piano y el piano quisiera imitar la flauta?

Así también cada hombre debe ser en la comunidad humana lo más auténtica y lealmente posible hombre, original y diferente, único e irremplazable. Y cada hombre debe integrarse en un grupo de hombres semejantes a él, pero que pertenecen a un conjunto más grande.

Si la orquesta es hermosa, y si es en sí una orquesta, es porque la armonía reina entre todos los diferentes instrumentos. El violín puede auténtica y originalmente ser violín, pero si está en desacuerdo con los otros violines la disonancia romperá la armonía del grupo de violines. El grupo de violines puede ser perfecto, pero si no toca la misma pieza que el grupo de contrabajos o si no anda al mismo tiempo de los pianos, la orquesta no será una orquesta sino una cacofonía.

Así la raza humana, suprema creación de Dios, orquesta de hombres libres. El hombre integra un grupo de hombres, ese grupo otro grupo, hasta llegar de grupo en grupo a la comunidad internacional. Y cada grupo debe tener su color local, y dar un sonido auténticamente propio. Y cada hombre debe ser él mismo y no otro, y debe marchar de acuerdo con los otros. Y cada grupo debe marchar de acuerdo con los otros grupos.

Y la orquesta tiene un director. Y una partitura. También la orquesta humana necesita un director. Y una partitura. También la orquesta humana necesita quien la dirija, quien la dirija hacia un bien común. Y el bien común es la sinfonía que todos deben tocar, que todos deben tocar y vivir con alma y vida.

Algunos grandes países de América son federales. La mayoría son unitarios. En los países federales hay estados provinciales. En éstos, como en los estados nacionales unitarios, hay departamentos y comunas. Los estados provinciales desarrollan su vida dentro de un estado federal. Ahí termina la organización comunitaria humana en la época presente, heredera del liberalismo, infestada de nacionalismo y comunismo. La Sociedad de las Naciones, por obra y gracia de los tres, prácticamente ha muerto. Pero si la expresión jurídica no ha encontrado todavía una formulación adecuada y estable, las comunidades de derecho natural no por eso dejan de existir. Las comunas se agrupan por regiones en estados. Así también los estados por su historia y su geografía deben agruparse naturalmente en sociedades particulares de estados. Y los estados y sus sociedades regionales y particulares deben integrar la gran comunidad cuya existencia está grabada en la naturaleza misma del hombre y de los pueblos.

Esa compleja y rica agrupación de hombres y comunas, provincias, estados y sociedades de estado, constituye la magnífica visión natural y cristiana de la humanidad. La armonía de todos esos instrumentos del bien común fraternal de los hijos de Dios es la magnífica integración humana en el cuerpo místico de Cristo.

El liberalismo seguirá destruyendo las particularidades regionales y las sociedades interiores a la nación, al tiempo que habla de su "soberanía" absoluta. El comunismo seguirá destruyendo la magnificencia del arco iris nacional persiguiendo la maldita centralización e igualación de naciones. El nacionalismo, en fin, proseguirá su científica e imperturbable tarea de aniquilamiento humano, por la esclavitud del hombre, de la familia, de la comuna y del sindicato, y de las otras naciones a la diosa repugnante de la propia nación. Los cristianos seguiremos, a pesar de los unos y de los otros, contra los unos y contra los otros, aceptando lo cristiano de los unos y de los otros. Los cristianos seguiremos fieles a la doctrina de la persona y de la comunidad, fieles al principio pluralista del respeto de la libertad humana y de todas las infinitas expresiones locales de esa libertad.

Se habla de pan-americanismo, de ibero-americanismo, de hispano-americanismo, de latino-americanismo. El primero acentúa la unidad geográfica y la comunidad de ideales políticos de un continente; el segundo la comunidad de raza de una parte de América con sus antiguos conquista-

dores; el tercero pone en relieve la unión con España; el cuarto, en fin, se vuelve no sólo hacia los países latinos, que conquistaron y colonizaron, sino también hacia aquéllos que enviaron millones de emigrantes y hacia aquéllos, sobre todo, que dieron "cultura".

Pero la realidad no se deja mutilar, y sería suicida querer mutilarla. La realidad es más rica que cuanto puedan imaginar y decir los hombres. En la realidad hay un haz de relaciones que se entrecruzan sin molestar. América ha sido conquistada por España, Gran Bretaña y Portugal; ha sido colonizada por ellas; ha recibido millones de trabajadores y familias enteras de Italia; ha bebido lo mejor y lo más profundo de su cultura en Francia; América tiene un mismo ideal político continental; América, en fin, es una unidad geográfica.

Cualquier doctrina que pretenda eliminar un lazo real y vital de los países americanos en presunto beneficio de otro, mutila la realidad y destruye la riqueza. La fórmula Latino-América para los latino-americanos, que algunos sudamericanos han puesto de moda en París, es absurda y suicida, como la fórmula Pan-América para los pan-americanos, o Hispano-América para los hispano-americanos. De adoptar fórmula sólo hay una que pueda ser realmente cristiana: América para la humanidad.

Esa es evidentemente la fórmula antinacionalista por excelencia. Pero la reacción histórica del nacionalismo no puede sino confirmar la verdad de una posición cristiana.

El pan-americanismo puede y debe vivir al lado del ibero-americanismo, al lado del hispano-americanismo y del latino-americanismo.

Sobre la rica y profunda realidad americana se entrecruza el haz hispánico y el lusitano, el italiano y el francés. Y los cuatro se encuentran con el inglés, pues los cuatro han hecho de América un nuevo continente, un nuevo continente cuyo ideal debe ser humano, un nuevo continente para la humanidad.

América se encuentra hoy en una de las situaciones cruciales de la historia. América no puede hoy actuar pensando en sí misma. América debe actuar según se lo indique la causa suprema de la humanidad. Hoy está en juego el porvenir de la humanidad y ningún interés egoísta debe impedir a América el decir su palabra y echar todo su peso en el platillo de la justicia.

El problema grave de los pueblos de América es el de la toma de conciencia de su comunidad. Sobre el continen-

te americano se entrecruzan los lazos naturales que mencioné anteriormente; pero sobre el continente americano se desarrolla también la red de los egoísmos, de los temores, de las pasiones. La unidad lingüística y racial no existe. La unidad de sistema político sólo existe en el papel: bajo el nombre de democracia se cobijan regímenes que van del liberalismo hasta la dictadura desembozada. La libertad y los derechos de la persona son muy diferentemente respetados. El grado de cultura alcanzado es bastante variable, la orientación de esa cultura no es la misma, y no hay relación alguna entre sus fuerzas económicas o entre sus fuerzas militares.

Dos hermanos pueden hablar diferente idioma, haber llegado a muy distintos grados de cultura y de riqueza, y esos dos hermanos pueden vivir "fraternalmente" siempre que tengan **conciencia** de que son hermanos, siempre que regulen su vida de acuerdo a esa conciencia de fraternidad, es decir, respetándose y amándose a pesar de las diferencias que los separan. Esas diferencias no pueden sino ser accidentales, puesto que lo esencial es que son hermanos.

Al decir conciencia de la fraternidad se implica una común orientación filosófica. Se puede ser judío, protestante, católico o no-creyente, pero si se acepta que somos hermanos y si se vive como hermanos, se tiene un **mínimum de puntos comunes: rechazo de toda violencia e imperialismo de cualquier forma sobre su hermano; amor al hermano.**

El problema fundamental de los países americanos en sus relaciones internacionales es el desarrollo de la conciencia de fraternidad americana. El respeto de todas las individualidades, de todo color local, de todas las libertades, pero su integración en una común unidad, en la orquesta fraternal.

¿Es posible educar a los hombres de un país diciéndoles que son hermanos de los de otros países, si no se les dice que todos los de un mismo país son hermanos?

La solución del problema de la fraternidad de todos los pueblos de América implica la aceptación de una concepción de la vida "personalista", "humana", que obtenga que cada hombre respete en todos los hombres su libertad y dignidad de persona, al tiempo que se sienta unido a ellos por el amor en las numerosas comunidades cuyo principio está grabado en la naturaleza misma.

En los países americanos se habla unánimemente de "democracias". Algunas "democracias" americanas se parecen a las dictaduras como un hermano gemelo a otro hermano gemelo. En casi todos los países de América el ca-

pitalismo desencadenado reina sin freno. Casi no hay país en América, en fin, en el que la miseria humana no sea espantosa.

Para ser ciudadanos de la fraternidad americana, dentro de la gran fraternidad universal, es necesario ser ante todo "hombres", "personas" humanas.

Si pensamos en el caso concreto actual de América, encontramos las dificultades que en todo caso práctico se presentan. Las dificultades inherentes a toda obra humana que debe contar con la libre voluntad de los hombres. Y las dificultades de toda obra humana que precisa la educación y la clara conciencia para ser realizada entre hombres.

En algunas partes de América temen, y razones no faltan para ello, que el panamericanismo pueda transformarse en una expresión del imperialismo económico o político del hermano mayor de las naciones americanas. En otras regiones americanas, con buenas razones también, se teme que el hispanoamericanismo sea la manera de infiltrar hoy en América el fascismo, o de resucitar algún "imperio" español. La palabra "latinoamericanismo" cubre en fin para muchos un extranjerismo que olvida las realidades y tradiciones americanas. La solución no puede ser el rechazo del panamericanismo, del hispanoamericanismo y del latinoamericanismo. La solución tampoco puede ser la lucha del uno con el otro, desgarrando a los hombres dentro de los países, y a los países entre sí. La solución sólo puede ser la aceptación de todo lo humano, y el rechazo de todo aquello que va en contra de lo que hay de más divino en el hombre, el ejercicio de su libertad de hijo de Dios.

Para algunos países de América: Argentina, Brasil, Méjico, el problema del panamericanismo se presenta con caracteres especiales. Más poblados, mejor dotados quizás por la naturaleza, y con un grado de desarrollo más avanzado en la cultura, por lo menos en algunos de sus aspectos, estos países tienen seguramente obligaciones respecto a los otros países de América. El problema grave que se presenta a estos países, y quizás a la Argentina más que a ningún otro, es el de dar un sentido exacto y humano a esas obligaciones.

En la fraternidad de los pueblos, lo natural es que haya hermanos mayores y hermanos menores. Y lo natural también es que hermanos mayores se inclinen hacia los menores para ayudarlos y servirlos. ¿Qué se diría de un hermano que explotara su hermano para obtener de él un beneficio?

Pretender que todos los países americanos son absolu-

tamente iguales sería un absurdo, cerrar los ojos para no ver la realidad. Los hay más pobres y más ricos, más poderosos y más débiles. Pero así como los hombres son todos esencialmente iguales, porque todos tienen un alma inmortal, aunque sean accidentalmente desiguales por sus formas físicas o intelectuales, así también los países son "esencialmente" iguales en cuanto todos tienen el mismo derecho a responder a su peculiar vocación, y a forjar libremente su propia vida de libertad, aunque accidentalmente sean desiguales por sus riquezas y su nivel de cultura. Y los países que han llegado a un grado de adelanto mayor tienen entonces la **obligación** de facilitar el adelanto de los otros. Tienen la obligación de poner sus riquezas y su poder al servicio de las vocaciones de sus hermanos. En otras palabras, tienen que tomar conciencia de que su vocación de países mayores es la ayuda a los países menores, la ayuda desinteresada para el desarrollo de la vocación de los países menores.

Es la forma de realizar la armonía en la orquesta de los pueblos libres.

Augusto José Durelli.

“EL CHILENO”

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.

Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE LA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION.

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra y venta de valores mobiliarios.
Atender al registro de accionistas o sociedades anónimas.
Pagar dividendos sobre acciones o debentures.
Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores **CORREDORES DE PROPIEDADES** en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de Albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Curador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimatario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

**DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE
BANCO DE CHILE - CONFIANZA - SEGUNDO PISO**

Religión y Filosofía

“LA TAREA DE LA EDUCACION”, por Hedwig Michel.

El difícil problema de la habilitación del hombre para integrar adecuadamente sus deberes de miembro familiar y ciudadano de la patria.

“EL CONFLICTO ENTRE ESPIRITU Y VIDA”, por Gustavo Thibon.

“Comprendemos como “vida” el conjunto de elementos por cuyo medio el hombre toma parte en el universo perceptible... Con la palabra “espíritu” indicamos todo lo que en el hombre se levanta por encima del cosmos y se libera de su necesidad...”

“LA IGLESIA PATRISTICA Y EL MILENARISMO”.

Observaciones a un artículo, por Jaime Eyzaguirre.

La tarea de la educación

En nuestro artículo "LA EDUCACION UN ARTE", (Estudios N.º 86), hemos expuesto que la educación y la enseñanza son esencialmente inseparables la una de la otra, que su separación—causada por las condiciones modernas—constituye un mal, cuyas consecuencias tenemos que soportar. Si ahora nos toca exponer "la tarea de la educación", entonces entendemos la educación, no como está actualmente, sino como es según su propio ser. Porque, tal como actualmente aparece, no está a la altura de su tarea. Hablaremos de educación y enseñanza formando una unidad, y de su tarea esencial.

Consiste la tarea de la educación en hacer hombre al hombre. Como no puede ser ángel, igualmente como no es animal, ni un ser puramente espiritual, ni uno puramente sensual, y como no recibe su ser sin más reparos, como el ángel y el animal, por eso—aunque aparece una contradicción—, tiene que llegar a ser lo que es. Es la tarea de la educación, en general, ayudarle en eso.

Esta tarea puede sintetizarse en tres grandes círculos, que se incluyen el uno en el otro. El círculo íntimo comprende las tareas bien conocidas a los padres y educadores, de encuadrar debidamente al niño en la familia, su ambiente natural, de manera que lleve con ella su vida y participe en sus actividades. Enseñamos al niño a portarse bien con padres, hermanos y sirvientes, a encuadrarse, a subordinarse y a ocupar el puesto que le conviene. Esta tarea elemental de la educación exige—como todos saben—un esfuerzo grande y duradero. Pero es ella quien pone los fundamentos sobre los cuales descansa la futura existencia moral y espiritual del niño. Obediencia, limitación y algo de desprendimiento de los propios deseos, practicados en la juventud, son las condiciones de la vida social.

De manera natural y por la enseñanza primitiva va desarrollándose la comprensión. Por imitación y por costumbre aprende el niño. Pero para actuar, tiene que decidir y para eso necesita inteligencia personal, que nosotros debemos ayudarle a adquirir.

Ya en la edad de tres a cuatro años despierta la conciencia moral. Ya reconoce el niño sus desaciertos como tales. El castigo tiene una función relativa a la mala conciencia. Su sentido no es otro que profundizarla, evitar que el niño pase ligeramente por encima y se acostumbre

a vivir y sentirse bien con ella. El castigo obliga al niño a saberse culpable y al mismo tiempo le ofrece la expiación de su culpa. No debe ser más grave, como lo exige este fin, y hay niños que no necesitan castigo, por tener ellos mismos un sentimiento fuerte de sus desaciertos.

No sólo el ambiente inmediato tiene derecho a nosotros, sino también el ambiente más remoto, la patria. Como ninguna familia se satisface a sí misma respecto a lo económico, así también respecto a lo espiritual vive en una relación de dar y recibir con el conjunto nacional. Por eso tiene obligaciones directas para con él, y la educación está obligada a enderezarse en el cumplimiento de este deber.

Prácticamente esto significa—como el niño no tiene conocimiento immediado del conjunto nacional, al cual pertenece él y su familia—que ha de dársele el mismo por medio de la enseñanza. Es el segundo círculo de las tareas educativas. Todos tienen que atravesarlo, porque todos son ciudadanos de una patria. El tercer círculo tendrán que atravesar aquéllos que por su situación social y por sus facultades intelectuales parecen ser destinados a tareas más extensas.

Para cumplir el segundo círculo hay que llevar al alumno, paso por paso, al conocimiento de la vida histórica y actual de su pueblo y del ciclo cultural al cual éste pertenece. Verdad que es una tarea muy grande, pero es conseguible si se sabe distinguir lo necesario de lo accesorio, procediendo según un plan bien definido.

En primer lugar es cuestión de educar al niño a un uso cada vez más conciente, más libre, más soberano de su idioma natal. Sirve para eso la gramática, que de ningún modo es un esquema muerto, sino la ayuda indispensable para dominar—no sólo los idiomas extranjeros—, sino también el propio. La lectura de buena prosa y de poesía selecta es la práctica concreta del idioma; sirve para aumentar el tesoro de los conceptos que el niño tiene, enriquecer sus ideas y formar su gusto de estilo. Para eso sirven también los modestos ejercicios del niño de propia expresión de observaciones y más tarde de ideas.

Mientras el niño alcanza a comprender y usar su idioma, toma conocimiento de la nación, de los hombres que la formaron. En la edad de 13 a 14 años el alumno empieza a bajar a los siglos pasados de su país, de su ciclo cultural. En la edad más tierna se pueden contar anécdotas históricas, pero todavía no es posible esperar la verdadera comprensión de lo histórico, tan llena de gravísimos proble-

mas. Claro que también entonces no se logra más que lo inicial. Pero son esenciales esos inicios, porque enseñan al niño, que la suerte humana no proviene de ayer ni de anteayer; le enseñan la comprensión histórica de su propia vida y de la de su nación.

Es cosa rara —entre los hombres adultos, educados, hay muy pocos que tienen desarrollada esta comprensión—. La historia es para ellos algo terminado, algo que fué una vez, algo interesante, tal vez, pero no **la efectividad**, siempre cambiante, **del Hombre mismo**. ¡Porque el hombre y todo cuanto posee no existe en otra forma que en la forma histórica! La historia no es para estos hombres su **propia vida** y su **propia suerte**. Así la de su pueblo no llega a ser para ellos una escuela de la conciencia nacional. Esta es más que la conciencia de unidad de todas las clases y de todos los miembros de un estado, es la unidad de todas las generaciones, de la actual, de las pasadas y de las futuras. De esto sólo resulta entonces la obligación de la generación actual para el pasado como para el porvenir.

¿Se puede inculpar a la escuela de ser generalmente incapaz de crear la comprensión histórica y la conciencia nacional en esta forma? Apenas es su culpa. De ninguna manera puede a ella atribuírsela únicamente. Hay una circunstancia que influye altamente: la dependencia de las escuelas y colegios del Estado. El Estado les exige, no que formen un entendimiento histórico verdadero y una conciencia nacional objetiva, sino que creen en el alumno un partidario del orden imperante. Eso conduce a la falsificación de los hechos históricos y—como toda falsificación—a un eclipse del discernimiento del alumno. Dentro del sistema de escuelas y colegios públicos parece inevitable este daño, y es mayor cuanto más dependientes se hallan del Estado, y por esto es más grande en los Estados totalitarios, quienes precisamente por este motivo se hicieron dueños de la escuela, para formar en la nueva generación partidarios incontestables de su régimen.

El colegio no puede más que **principiar** en dar conocimiento, comprensión de obras científicas, literarias, artísticas del propio ciclo cultural. Es demasiado grande la tarea para caber en los años de enseñanza juvenil. Tampoco es bastante maduro el entendimiento de los jóvenes. Por eso la tarea consiste en abrir delante de sus ojos los caminos, que conducen a estas comarcas amplias, a encender en los alumnos el deseo de aclimatarse en aquéllas.

Mientras la enseñanza procede, una abundancia de valores y de hechos se presenta delante de los niños, que no podrían sospechar tanta riqueza. Es de gran importancia darse cuenta del efecto de esta experiencia. Puede ser es-

te efecto, que el niño se desespere, que nunca pueda dominar la abundancia. Hay niños que sólo por esta razón son flojos. Puede ser el efecto, que el niño mire estas riquezas exclusivamente como materia de la enseñanza, que quiere superar, llevado por su ambición. Son estos los alumnos ejemplares, orgullo del profesor y de los padres, que no se dan cuenta de lo insuficiente de aquella conducta. El efecto tuviera que ser, que el niño se pone contento, humilde y agradecido, mirando la riqueza del universo, y que su voluntad se ve evocada a sumergirse en ella, y, no ahorra esfuerzo para apoderarse de la porción que a él toca conforme a su talento y posibilidades.

Para el término medio de la gente, llamada "cultura", la realidad del mundo ha llegado a transformarse en "saber". Parece estar contenido en los manuales y compendios, libros que contestan al mismo tiempo que preguntan. A esta gente el compendio le reemplaza la realidad. Son como la prolongación del "alumno ejemplar". Entre tantos resultados indeseables de la educación no hay ninguno que se encuentre con más frecuencia. A estos hombres la enseñanza y la perspectiva al mundo, que ella da, no les hace humildes, no les enriquece. Más bien los torna satisfechos de sí mismos, les encierra en sus propias ideas y hace inaccesibles para cualquiera experiencia nueva. Pero, ¡debiera hacerlos susceptibles para los valores verdaderos, dilatándoles como la inteligencia el corazón!

¡Pongamos cuidado en no cargar al joven con demasiado estudio! Fácilmente el efecto puede ser el contrario de lo deseado. ¡Cómo si hubiera de embutir todo lo digno de saber en su cabeza! ¡Hay demasiado digno de saber! Por eso es menester despedir al joven de sus años de juventud y de estudios, de tal manera, que el movimiento inicial de estos años siga obrando, pero no con el empeño vano y superficial de saber y más saber, sino con el deseo modesto de comprender y de saber, sólo por este fin.

Tenemos que mirar como fracasada la tarea de la educación, si no hemos logrado despertar en el alumno esta actualidad de la inteligencia, que más allá de los años escolares y universitarios, le hace deseoso de aprender, le hace un ábnegado buscador de la verdad. Los estudios juveniles constituyen la iniciación del movimiento hacia la verdad, propio del espíritu humano. Si en vez de ser principio, son un término, entonces han fracasado—o ha fracasado el alumno, negándose a los esfuerzos educativos—lo que—naturalmente—queda bajo el poder de libre arbitrio del ser humano.

El tercer círculo de la tarea, puesta a la educación su-

perior, la de formar al hombre, no sólo para su patria, sino para el mundo, interfiere con el segundo, como no es posible estudiar la historia política o cultural de un pueblo, sin tomar en cuenta los otros pueblos contemporáneos y hasta los pasados. Empero es otra cosa, si la mirada del pedagogo se fija en el espacio más estrecho o se dilata al total. La generación anterior, la de nuestros padres, no conocía todavía el problema de una formación mundial, como ahora tenemos que afrontarlo. Bastaba en aquellos tiempos el conocimiento de la antigüedad, de la historia medieval y moderna, para abrazar desde un principio todo lo digno de saber. Hoy día los espacios se nos han dilatado infinitamente. Los resultados de la investigación científica moderna han creado la posibilidad de una formación universal y al mismo tiempo han puesto la tarea. Hoy día sabemos sobre los pueblos, llamados "primitivos", como sobre los de cultura elevada, mucho más de lo que se sabía hace cien años. Las técnicas del libro y de la reproducción mecánica casi hicieron desaparecer las distancias de tiempo y de espacio.

Por eso una formación superior tiene que capacitar al hombre a dominar espiritualmente a este mundo descubierto. ¿Es posible esto en vista de la superabundancia revelada? ¿Se puede atribuir esta tarea al colegio? ¿No habrá de confundirse, delante de tal aspecto, el espíritu de los alumnos? O, desesperarán tal vez de encontrar una senda por esta selva, y se abtendrán por completo de explorarla? Sin duda existen estas dificultades y peligros, y no pocos sucumbirán a ellos. Pero la amplificación inesperada del panorama mundial anda acompañada de conquistas técnicas que nos proporcionan nuevas posibilidades.

Sírvanos un ejemplo. Sea el tema de la enseñanza la historia y la cultura griegas. Poseemos obras excelentes, que en una forma, tal vez incomprensible para los alumnos, pero comprensible para el profesor, ofrecen los resultados de un trabajo de generaciones de científicos. Poseemos colecciones de fotografías del paisaje de Grecia y de su arte. Poseemos buenas traducciones de sus autores, poetas y filósofos. No es demasiado difícil componer de tan rico material un curso sobre Grecia, de medio año o de un año, a fin de dar a los alumnos un concepto muy vivo de lo que era. Procediendo en esta forma con otras culturas, no puede faltar que el alumno reciba la idea y consiga la comprensión de las grandes relaciones históricas y culturales, y que quede iniciado a seguir, pensando y estudiando, para profundizar lo que posee.

El estudio de idiomas antiguos o modernos tiene, no sólo un sentido práctico y educativo. Sirve también al cumplimiento de la tarea del "tercer círculo". La formación hu-

manista, que para el pasado ha rendido en forma destacada—a ella le debemos la tradición de la cultura occidental—, hoy día hay que amplificarla a una nueva “formación mundial”... caso en que la formación del espíritu humano siga una demanda de nuestro siglo y no le baste una dominación solamente técnica del mundo.

El hogar, la patria, el mundo, son los tres círculos cuya travesía constituye la tarea **material** de la educación. Pero todavía hemos discurrido poco sobre los motivos íntimos del pedagogo y la conducta intelectual de los alumnos, y cómo el camino que atraviesan les va a transformar y hacer madurar.

El pequeño aprende por imitación y por costumbre. Ambas tienen siempre su papel en nuestra vida. Pero una educación, que se contente con crear buenas costumbres, no merecería este nombre. Ya en los años tiernos, el niño empieza con **actos espirituales**, esto es, con actos que no siguen a sus apetitos sensuales, sino a otro principio, espiritual, que empieza a despertar en él (1). El primero de estos actos suele ser un acto de **obediencia**. Consiste en que el niño, reconociendo el derecho de la persona que le manda, somete su propia voluntad a la ajena. Esto sucede ya en la edad de tres a cuatro años. La idea moral es innata al hombre, y nuestra alma es alma espiritual y racional. Con el primer acto de obediencia verdadera el grado del ser sensual está sobrepasado; el pie pisó en otro escalón. Es necesario, que el pedagogo tenga conciencia de lo importante del acto de obediencia, que dé al niño ocasión para efectuarlo y le deje sentir que lo aprecia.

La voluntad espiritual del niño se forma en relativa independencia, de la sensualidad, en conexión con la creciente inteligencia de lo posible y de lo deseable. El niño se propone objetivos y les somete sus caprichos y sentimientos momentáneos. El pedagogo tiene que influir en estos objetivos, pues una finalidad errónea destruye el valor de los actos, que a ella tienden. Por ejemplo: Un niño se propone ser estudioso, para superar a otro compañero envidiado. Lo que lo lleva hacia esta meta, naturalmente carece de dignidad moral. Pero si el niño se propone ser diligente, para dar gusto al profesor o a los padres, o más bien si lo hace para no ser desagradecido, sintiendo la ba-

(1) Para evitar errores, anotamos que llamaremos “espiritual”, no lo que se refiere solamente a la inteligencia, sino lo que se opone a la vida sensual, saliendo de otro principio superior.

jeza de la ingratitud—o porque reconoce la aplicación como deber y exigencia moral, a la cual no quiere faltar—, en todos estos casos lo que hace es moralmente valioso en alto grado.

Con los años crecen las exigencias morales que se ponen al niño. Ya temprano se puso la tarea pedagógica de enseñar al niño a **dar lugar a otros**, a los hermanos, a los compañeros. Pero no basta “dar lugar”. La relación entre los hombres exige más, exige verdaderos sacrificios. Somos los hombres seres enteramente indigentes, y si no hiciéramos más que “dar lugar” uno al otro, entonces cada uno se encontraría en el lugar dado a él, desamparado, desesperado. Por eso el espacio inviolable que rodea a la persona humana, hay que penetrarlo con una fuerza que entra sin desplazar, llena sin constreñir, transforma sin violentar. ¡Debe ser penetrado por el **amor**! ¡Es menester educar para el amor! El amor y el cariño sensual son la entrada. El sentimiento del cariño, que el niño chico tiene naturalmente para las personas de su familia, todavía no es “amor” espiritual y libre. Pero puede ser elevado a tal nivel, si nos empeñamos en enseñar al niño a **probar** su cariño, prestar servicios a las personas queridas, darles gusto, sacrificarse en algo por ellas. Así el cariño con los padres tiene que probarse por la obediencia, el con los hermanos por la ayuda mutua.

En todo, lo que importa es acostumbrar al niño a que **no busque lo suyo**. Es el egoísmo la perversión más esencial del corazón humano. Importa principiar lo más temprano posible a superarlo, y nunca en la vida podemos perdonarnos tal esfuerzo. Una seducción diabólica nos hace creer que “ante todo” debiéramos salvar nuestro interés, el de nuestra familia, después el de un conjunto más grande o los intereses objetivos de la bondad, de la verdad... los intereses de Dios. En realidad no existe éste “ante todo”, este “después”, porque los círculos de nuestra existencia se encuentran íntimamente ligados. Traicionando los valores objetivos, no es posible salvar nuestro interés, ni el de la familia, ni de la patria—lo menos no en verdad—tal vez según la apariencia. Tampoco podemos proveer el bien de la familia—su bien duradero y verdadero—descuidando las exigencias de la patria. Entonces nos incumbe enseñar ya a los niños a superar el “pasma egocéntrico” del cual ellos sufren igualmente como nosotros los adultos. Hacemos esto, dirigiendo sus miradas en la efectividad del mundo. Los hacemos atravesar los “tres círculos” de la enseñanza, no con el móvil de alcanzar un saber ensoberbecedor, con que adornar la propia persona, ni para dominar a otros, sino para llegar, ayudados por esta disciplina, a una

existencia de verdadera espiritualidad, para subir a un grado de existencia humana, donde los actos libres se efectúan casi sin interrupción, realizando así la actividad propia del espíritu humano y haciendo al hombre señor y rey de su mundo. La imitación y la costumbre, tan necesarias al principio de la educación, en este grado se hallan superadas. El hombre no obra más como lo ve en otros, sino según su propia razón. Ahora gana verdadera libertad. ¡El pasmo egocéntrico se suelta!

El yo es el punto de partida del pensamiento y de los actos libres, pero no su fin. Si es el punto de partida y también se pone a sí mismo como fin—como realmente acontece en una mayoría de los hombres—entonces se forma un movimiento cíclico, un pasmo, y el valor de estos pensamientos, de estos actos, queda más que problemático. ¡Feliz el hombre, al cual un verdadero pedagogo, ya en la mocedad, supo solver el pasmo, o al cual—como caso extraordinario—la clemencia divina tal vez no dejó formarse este pasmo!

Los actos, que ponemos, no quedan sin efecto en nosotros mismos. Constituyen un **habitus**, algo duradero, algo que no se vence fácilmente, o sólo a precio de muchos actos opuestos, algo que parece como una segunda naturaleza, aunque en verdad no es más que el producto de continuos actos falsos. Un acto falso es un acto con el cual un hombre destrona la razón para poner en su asiento sus apetitos. Por fin su sensualidad se acostumbra al dominio y la razón se desacostumbra, por fin la clara luz de la razón anda obscureciéndose por las multicolores sombras de la sensualidad, y por fin el hombre queda incapaz de cualquier acto que sea en conformidad con la razón perfecta—con el Logos—que al mismo tiempo es la virtud completa. Empero, los actos buenos, los que se realizan bajo el mando de la razón, también crean un **habitus** que pone al alma en coincidencia con el Logos, probándola como libre, dueña de sí misma y de su mundo.

Mientras el hombre libre, espiritual **piensa**, **actúa**, el otro, sujeto a la sensualidad, no hace más que **cavilar** y **reaccionar**. Además el pensamiento del hombre libre es actualidad, y las ideas vagas del otro son reacción. Ambos están sujetos a los acontecimientos y sucesos de la vida, pero el hombre sensual los recibe sin buscar o encontrar una contestación fecunda; el hombre espiritual **contesta**. El sufre más, pero después de este sufrimiento, queda renovado, mejor de lo que era antes; mientras el hombre sensual, sacudido por las tempestades de la vida, no llega a ser mejor a fuerza de los sufrimientos, sino más egoísta, más cerrado y muchas veces lleno de amargura y envi-

dia. Al hombre espiritual se le refiere la palabra del Señor: "recibirá mientras posee"; el hombre sensual, en cambio, "perderá aún lo que tenía". El hombre espiritual asciende; el hombre sensual va lentamente hundiéndose. Aquél vive dinámicamente; éste parece vivir de manera estática, pero en verdad va en declinación.

El pensamiento auténtico, fundado en el **habitus** de verdadera espiritualidad, que se formó por actos libres, continuamente repetidos, no es posible al niño, pero sí al hombre maduro, que en su mocedad fué educado así por pedagogos sabios. El sólo aprovecha plenamente lo que los estudios le proporcionaron; él sólo sabe transformar el saber en comprensión y esta en acción legítima, sea interna o externa.

El pensamiento nunca se separa perfectamente del yo; siempre le queda el tinte del sujeto reflexionando. No obstante puede llamarse pensamiento objetivo y pueden tomarse en serio sus resultados, en cuanto está libre de intereses subjetivos del yo. A ello nos referíamos más arriba al decir que el yo ha de ser el punto de partida del movimiento intelectual, pero no su fin. Sólo este pensamiento es legítimo; nada tiene que ver con intereses egoístas; él sólo puede resolver las cosas de este mundo, fatalmente embrolladas por los egoísmos de los hombres, grupos y partidos,—igualmente como los actos libres tienen un efecto desenredando y sanando, aunque sean actos interiores, como la mayoría de los actos virtuosos. El pensamiento verdadero suelta los nudos de los enlaces diabólicos y hace resplandecer la verdad. La verdadera acción tiene un efecto incontrolable, pero potentísimo y de gran alcance: ayuda a reconquistar el mundo para Dios; mientras el pensamiento alumbra el terreno de batalla.

El fin **cat exochen** de la educación entonces es el **hombre espiritual**, el hombre de conducta desinteresada, el hombre humilde, hombre del servicio, el **guerrero de la causa de Dios**, que mientras se olvide del yo, lo realiza, pero de esto poco se preocupa, porque le importan cosas del más allá.

No es así, como si la existencia espiritual se realizara sólo en los grados superiores de cultura. El hombre como tal es ser espiritual, personalidad moral y responsable. El más culto como el más humilde ponen actos libres, cada cual en su lugar. Cada situación humana puede ser recibida y contestada en tal manera, **debe** ser contestada así, siendo llamada de Dios a nuestra libertad. La diferencia existente entre el hombre más culto y el más humilde desaparece, si, se la compara con aquella que hay entre un ángel y este hombre culto.

Hay otro error, necesario de evitar, el error de que lo espiritual es por sí mismo bueno. Nace este error del dualismo de la filosofía griega: espíritu-materia. Nosotros los cristianos no admitimos tal dualismo, siendo Dios el creador así del alma racional como de la materia. El hombre espiritual, si se separa del principio de todo lo bueno, de Dios, es peor, más digno de condenación; el efecto de sus actos es más fatal que la malicia comparativamente insignificante del hombre sensual, que sólo se despreocupa de lo que Dios le dió, de lo que tiene de más valioso. Entonces no hubiéramos alcanzado nada, habiendo educado a hombres espirituales, que no se someten a Dios, sino que confían en sí mismos.

Otro fin de la educación es la formación del criterio. Primer paso es saber, el segundo comprender, el tercero apreciar con un criterio verdadero. Un juicio de cosas complicadas no es posible esperararlo de jóvenes y ni siquiera de todos los adultos. Pero al hombre le es innato un concepto de la escala de valores y calidades, que la educación tiene que desarrollar. ¡De qué valdría estudiar una obra humana cualquiera, si la comprensión de su rango, de su valor, faltara por completo! Ayuda mucho la comparación. ¡Pero sólo la de lo comparable!— Para todo eso el pedagogo necesita una alta discreción y ante todo que él mismo tenga el criterio bien formado.

Kirkegaard, el filósofo danés, uno de los pensadores más potentes del siglo pasado, dijo en alguna parte, que el hombre se asemeja al dueño de una buena casa con subterráneo, piso bajo y altos. Podría vivir en el piso alto y bajar de allí a su arbitrio, al piso bajo o al subterráneo. Podría habitar su casa entera; pero no se atreve. Tímido y desconfiado, se instala en el subterráneo, raramente sube al piso bajo, olvida o quiere olvidar que su casa tiene otro piso más confortable y más rico. El subterráneo es la existencia sensual. Nos hemos empeñado en el presente artículo en describir el piso bajo, exponiendo los fines de la educación, que consisten en realizar la existencia espiritual. Otra vez—con el favor de Dios—pensamos describir el piso alto de la casa, discurrendo entonces de “la educación cristiana”. Claro que este “piso alto”, según Kirkegaard, es la existencia que adquirimos con el bautismo, para la cual nos capacita la gracia divina, no nuestra energía natural.

El conflicto entre espíritu y vida (1)

Partamos de un hecho. Cuando fijamos nuestra mirada en la humanidad, encontramos por doquiera conflictos. Podríamos definir al hombre como el animal que siempre se encuentra en lucha consigo mismo. El conflicto humano se impone a nuestra consideración con clara evidencia. El animal y el niño son sencillos, y en cada instante se inclinan con todo su peso hacia el objeto que les atrae; sus acciones están como hechas de una sola pieza, mientras que el hombre es desunido, sin que ninguna necesidad conduzca sus pasos infaliblemente. Ante su camino se abren siempre nuevas alternativas, que le obligan a elegir y a decidirse. En lo más íntimo de su destino está la lucha, y cada uno de sus actos —contrario a los actos de los seres puramente cósmicos— puede verse comprendido como una victoria o como una derrota. "Vita hominis militia..."

Esta lucha no cesa en ninguna hora de nuestra vida. Se revela en las ocasiones solemnes, pero se hace sentir también en situaciones triviales. Santa Teresa de Avila, desgarrada entre el amor a Dios y a los suyos, tomando el hábito, siente morir su naturaleza entera. En el alma del Cid luchan, en forma espantosa, la imagen de Jimena y la pasión del deber. ¡Cambios dolorosos; estallidos del conflicto! No olvidemos empero por eso, que hay también una lucha para salir del sueño de la mañana, o de la tentación del sol en primavera, invitándonos tan suavemente a pasear en un día de trabajo. Los conflictos grandiosos y trágicos son escasos. Lo que decide la formación de nuestra alma, es el éxito de las luchas pequeñas, casi imperceptibles.

Quien dice conflicto, dice también discrepancia. Después de haber averiguado el hecho del conflicto, se trata de definir esas fuerzas contradictorias, que en el alma humana se oponen las unas a las otras. Hay abundancia de explicaciones, expresando cada una de ellas un aspecto verdadero del conflicto humano: existe, por ejemplo, el conflicto de Corneille entre pasión y deber; el conflicto anárquico entre el individuo y la sociedad; el conflicto cristiano entre la naturaleza y la gracia, etc. No pretendemos dar una explicación de estas formas del conflicto. Concretamos nuestro argumento a la exploración de la discrepancia existente entre

(1) Traducido expresamente para "Estudios" de la revista alemana "Hochland", por Hedwig Michel. El título original del artículo es: "Que no lo separe el hombre".—(N. de la R.)

vida y espíritu. Y, como tales expresiones pueden causar equívocas, vamos ante todo a definir las. Comprendemos como "vida" el conjunto de los elementos por cuyo medio el hombre toma parte en el universo perceptible: cuerpo, instintos, sensibilidad en todas sus manifestaciones. Con la palabra "espíritu" indicamos todo lo que en el hombre se levanta por encima del cosmos y se libera de su necesidad: la inteligencia y la voluntad con todo su séquito de exigencias trascendentales y sobrenaturales. El conflicto de que hablamos se deduce del sojuzgamiento de los instintos de vida por la ley moral (tomada aquí la palabra "moral" en el sentido más amplio, como reglamentación de las costumbres por el espíritu) y por el ideal religioso.

Fecundidad del conflicto

El conflicto entre vida y espíritu, que se debe a cierta ruptura en la abundancia de la vida del hombre, enriquece eficazmente su humanidad. Nada de puro y grande en esta vida ha podido crecer sin ascética, sin dolor. Sólo hedonistas superficiales, o pensadores que ponen en duda la existencia o el valor del espíritu, han considerado como mal absoluto la tensión en el interior del hombre. Por el contrario, la sabiduría de todos los tiempos ha comprobado a una voz la fecundidad de la ruptura interna. Es una gloria para la humanidad el haber puesto, al lado de su repugnancia por el sacrificio, la comprensión de su eficacia divina.

Hay en el hombre —sobre todo durante su juventud— una superabundancia de fuerzas vitales, que encadena y seduce al espíritu, y que éste tiene que combatir y superar, para que el hombre pueda llegar a serlo verdaderamente. Nuestras primeras pasiones, alimentadas por la carne y los sentidos, son restringidas, aisladas e impenetrables como el cuerpo de que provienen. Sólo de su desgarramiento se desprende la forma más sublime de nuestro pensar y amar. ¡De cuántas pasiones, hechas pedazos por las tribulaciones, salió la paz de un corazón habitado por el gran amor! Cada vida profunda lleva consigo un fracasar seguido de ensayos. En dolores nace el hombre para la vida terrestre, pero su nacimiento para la vida eterna comprende aún más dolores. Sus goces son cálidos como la carne y corruptibles como ésta. La gran ley del cambio incondicional y del olvido eterno, que es el alma de la creación material, rige al destino oscuro de sus deleites. Pero el consentimiento a la muerte es, en el hombre, infidelidad e ingratitud.

En verdad, los goces que el hombre busca más que nada, llevan consigo muy adentro el germen y el gusto de la muerte; uno puede conformarse con este parentesco en-

tre la nada y el placer. Se puede creer, con André Gide, que no hay riqueza humana salvo en la inestabilidad y el olvido: "Alma inestable, apresúrate. Sabe que la flor más preciosa se marchita más ligero. Inclínate de prisa en su primor. La flor inmortal no tiene fragancia". Pero todos los consejos de esta sabiduría exigente no apagan la sed de seguridad en la dicha, que sale de lo más íntimo de nuestra naturaleza. Y la gran pregunta de Dante: "¿cómo se eterniza el hombre?", queda planteada para el corazón de cada cual, pregunta que tiene sólo una respuesta: lucha consigo mismo, abnegación, guerra...

Dejemos a un lado el problema teológico del pecado original. Basta mirar al hombre, para sentir vagamente que este ser no permanece en sí mismo y que, por decirlo así, ha caído por debajo de su propia naturaleza y tiene que remontar continuamente una pendiente, para volver a cumplir, de manera siempre insegura e incompleta, con su destino. Vida y espíritu se ven en el hombre separados y opuestos: en vez de servir al espíritu, la vida trata de subyugarlo, y, para huir de esta Circe, el espíritu muchas veces se niega a ser tutor de la vida y se hace su verdugo.

Sería una punible flojera mental, mencionar exclusivamente el pecado original como explicación de las discrepancias en el seno del alma humana. ¡No hagamos de una verdad profunda un grotesco "deus ex machina"! Todos los problemas morales desembocan en problemas ontológicos, y el ser que cae, revela con eso, que había en su naturaleza una inclinación a caer. No es arriesgado sostener, que el hombre en su estado natural (es decir, alejado tanto del pecado como del milagro) se ve afectado de cierta tensión interna. Aquí se halla en juego la pregunta misma de la naturaleza humana. Una planta, un animal, reciben su ser —por decirlo así— de un solo golpe. Sin contar los impedimentos externos, ellos son, por destino, lo que deben ser. Pero el hombre —y esto es el distintivo esencial, que le distingue de otros seres más altos o más bajos— no recibe su humanidad sin más reparo. Despacio y con esfuerzo se abre en él el espíritu. El desarrollo intelectual y mental depende de su opción y de su empeño. Una piedra, un animal o un ángel no se hacen merecedores de su ser; en cambio el hombre tiene que merecerse su entidad. Los otros seres son lo que son, el hombre llega a ser lo que es. Tiene que vencerse a sí mismo. Victoria quiere decir lucha. Entonces resulta que el conflicto humano arraiga en la naturaleza humana. El pecado lo ha empeorado e inflamado en manera patológica; pero no lo ha determinado del todo.

Además el conflicto interior está legitimado por la pa-

labra de Cristo: "Si tu ojo te escandaliza, arráncalo y arrójalo lejos de ti".

La vanidad del conflicto

El conflicto humano es necesario y fértil, pues el hombre es dividido. Pero por honda que sea esta desunión interna, queda no menos verdadero el hecho, que el hombre es unidad, y que el conflicto entre espíritu y vida, en consecuencia extrema, termina en la ruina de ambos. La persona humana es inseparablemente, vida y espíritu. Cada decisión brutal en favor del uno o del otro es inhumana...

"El espíritu de Dios flotaba sobre las aguas". El espíritu del hombre se ve llevado por las aguas de la vitalidad. Si éstas se desbordan, entonces la barca del espíritu corre peligro de ser arrebatada y hecha trizas, y este peligro justifica la vida ascética que, en verdad, no tiene otro sentido que de hacer navegables para el espíritu las aguas de la vitalidad. Tomamos la palabra "ascética" en el concepto más amplio de un control severo de la sensualidad por la parte espiritual. En este sentido se puede afirmar, que todas las grandes formas de civilización humana descansan sobre un fundamento ascético.

Otra cosa, empero, es encauzar la marea, otra desaguarla. Ascética, que por insuficiencia mental o rutina, se pone como fin absoluto y se convierte en odio contra la vida, produce el agotamiento del espíritu. Aquellas aguas que, al crecer demasiado, echan a perder la barca, al bajar sobremanera la hacen encallar en la arena. Basta observar ciertos productos de la ascética en todas sus formas — como intelectualismo seco o moralismo anémico — para verificar su semejanza sorprendente con un bote estrellado en la arena estéril.

En el fondo de algunos ideales espirituales se encuentra realmente una ignorancia profunda de dos rasgos característicos de la sensualidad: La **complejidad** y la **variación**. Ciertos sistemas morales parecen intrusiones peligrosas de la idea pura en el dominio de la vida y de la acción humana. Ellos exigen al hombre una uniformidad e inmovilidad y aplastan la evolución viva debajo de una eternidad muerta. Basta pensar tan sólo en la filosofía moral del estoicismo, en la moralidad del honor de Corneille, en la moral de honorabilidad del siglo XIX, etc. En estos sistemas el hombre no tiene derecho a cambiar; ni siquiera, mientras anda, a mirar a su alrededor; lleva yugo y anteojeras al mismo tiempo. Todo en su vida variada y agitada tiene que extinguirse delante del principio abstracto, fijado para

siempre. Para él, según una palabra de Racine, "sus juramentos deben reemplazar al amor". El espíritu procede, la vida sigue como puede... o queda en el camino. Estas morales denaturalizan el deber de la felicidad. No tienen parte en aquella necesidad de renovarse y de olvidar, que es propia de cada naturaleza terrestre, y que, en parte, garantiza la frescura y originalidad del ser vivo. Pero, petrificando la vida, se congela el espíritu mismo, y esa eternidad que, en vez de llevar a su perfección el desarrollo, trata de sofocarlo, no es la eternidad viva que alimenta lo temporal, sino una abstracción y un fantasma.

Empero, hay otra cosa peor que la opresión y mecanización de la vida por el espíritu: La falsificación de los valores espirituales, la infestación del espíritu por las energías vitales reprimidas. Esas costumbres e ideales, que niegan a la carne y a la individualidad sus derechos legítimos, no sólo agotan la vida, sino que la pervierten. La vida, oprimida así, no desaparece, no se convierte en espíritu, sino que ataca a éste con maña, se disfraza a su vez en espíritu y aparece de nuevo ilusoriamente, bajo la máscara de los valores superiores.

Esta falsificación ha sido revelada por los moralistas de todas las épocas. Con razón reconocieron en ella un efecto de la caducidad del ser humano. Yo, más bien, la considero el fruto de las ambiciones exageradas de este ser caduco. No se llega a ser falsificador por ser pobre, sino, ante todo, porque este pobre anhela ser rico. Es el error de toda espiritualidad exaltada, que quiere reprimir la vida sana o descuidarla. De esta manera la hace enfermarse, y la vida enferma pervierte y subyuga al espíritu. Los ideales demasiado exaltados para tomar en cuenta la tierra y la carne, se degradan hasta llegar a ser pretextos y salvoconductos del usufructo de la misma tierra y de la misma carne. Nunca el espíritu se encuentra tan cerca de ser esclavo de la vida, como cuando pretende ser su tirano.

No cabe duda, que las morales y civilizaciones, que hacen resaltar demasiado los valores espirituales y les atribuyen una dignidad casi autónoma, favorecen con eso la mentira interna. Considerados en sí mismos, los objetos del espíritu le ensalzan, según realidad y profundidad, por encima de los objetos de la vida. Es más grandioso y efectivo ser un gran poeta, que un buen obrero, y la vocación de una virgen sagrada está por encima de la mejor madre de familia. Pero los valores de la vida tienen la ventaja de ser sinceros. Es casi imposible, por ejemplo, para un hombre normal, hacerse ilusiones respecto de su fuerza y habilidad corporal. En este terreno los criterios son demasiado fáci-

les y exactos. No sucede lo mismo con los valores espirituales. Como estos son inmateriales y se refieren en gran parte a lo invisible, se niegan a un control preciso y hasta a un control objetivo. Un poetastro puede creerse un genio desconocido, pero ningún débil puede estimarse un coloso mal comprendido. Cuando más elevada sea la acción humana, tanto más difícil resulta "conocerla por sus frutos".

Pero dificultad de control significa invitación al engaño. La tragedia de los valores humanos más sublimes consiste en la facilidad con que pueden falsificarse. ¿Cómo juzgar — sino por una sabiduría extraordinaria, prescindiendo del tiempo y de manera siempre discutible — lo genuino y puro de una vocación política, artística y religiosa? Es también un refugio natural de personas, cuya incapacidad y mediocridad saltarían a la vista en un empleo regular, dedicarse, en cambio, al servicio de los ideales más altos. Allí su inferioridad no se halla sujeta a una prueba directa, y hasta pueden — si acaso tienen el don de expresar realidades no experimentadas por ellos — alcanzar brillantes éxitos efímeros. Un ebanista malo nunca tendrá éxito en su oficio, pero un político malo, un místico falso, son muy capaces de engañar a los hombres respecto de sí mismos y triunfar así admirablemente.

Pero el dualismo vida-espíritu no favorece necesaria y absolutamente al espíritu. Puede ser — y ambos errores se provocan el uno al otro como el día y la noche — que el hombre se decida en favor de la vida contra el espíritu. Los mitos de la vuelta a la vida y a la naturaleza florecieron en todos los tiempos, encontrándose hoy más lozanos que nunca. Es uno de los sueños más antiguos de la humanidad, deshacerse de sus deberes, ideales y juramentos, para entregarse enteramente al ritmo de la vida cósmica y sencilla. Pero el hacerse animal no resulta mejor que el hacerse ángel. Somos hombres. Y las exigencias autárquicas de los valores vitales conducen, de manera fatal, a la falsificación de estos últimos. El espíritu, a quien han querido proscribir en nombre de la vida, se desliza hasta el corazón de la vida y la envenena. Con aquellos que quieren decapitar al hombre, sólo resulta eficaz hacerle pensar con los intestinos. Si nos fijamos en la vida de aquellos enemigos del espíritu — y también en los propios valores morales e intelectuales entonces vemos que el motivo más íntimo de su rebelión no es la vida en su sencillez animal, sino otra vez el espíritu — un espíritu disfrazado, vergonzante, que, a pesar de todo, se busca a sí mismo a través de la carne y de los sentidos. Así la revolución de la vida contra el espí-

ritu llega a ser una rebelión del espíritu en contra de sí propio. Engañado por la falsa ascética, el espíritu refrena su deseo de saber y de dominar en las cosas visibles y desempeña el papel de la vida. ¿Cuántos hombres hay, que anhelan el fruto prohibido, no porque es dulce (lo que fuera justificado), sino porque es prohibido? Cometan pecados menos por atractivo vital, que por curiosidad espiritual.

Para dar un ejemplo: Freud, cuyo pansexualismo no es otra cosa que la expresión científica de la hipertrofia sexual del hombre moderno, no ha descrito de ninguna manera el instinto sexual como es. Este instinto, que, según Freud, constituye al hombre entero, se muestra en él perfectamente impregnado de una lógica degradada, hasta el punto de que, el psicólogo Prinzhorn consideraba la obra de Freud como un ensayo enorme de racionalización del instinto.

Así el conflicto, abandonado a sí mismo, no produce otra cosa más que impureza y mentira. Espíritu y vida están creados para mantenerse **unidos y distintos**. Separarlos quiere decir mezclarlos. La unidad traicionada se vea a mediante la confusión. La carne reprimida aparece disfrazada en espíritu; el espíritu rechazado retorna envuelto en el disfraz de la vida. Hay una palabra en el Evangelio, que se podría interpretar como condenación de las luchas vanas entre espíritu y vida: "Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre".

La idolatría, madre del conflicto

Desde cualquier perspectiva que se mire al hombre, nos llamará la atención que este ser sufre de un defecto original, imposible de subsanar, cuyo remedio anda buscando, no obstante, inútilmente. Podríamos creer que este defecto y esta tensión no tuvieron salida por formar parte de la misma esencia humana, y que el hombre no fuera otra cosa que un anhelo, dirigido al vacío y condenado por la naturaleza a alimentarse de su propia hambre. Desde Heráclito hasta Nietzsche y Freud, todos aquellos — incapaces de comprender la unidad tras la discordia y Dios tras del hombre — idolatrarón la guerra. Pero es posible también imaginarse, que no fuera más que accidental este conflicto estéril, que el hombre no consistiese — en contraposición a los demás seres — en una pregunta sin respuesta, y que existiera en verdad su perfección absoluta, pero que, no obstante, la hubiera perdido.

Esta integridad anhelada por el hombre, sabemos los cristianos que la ha perdido en un principio: Lo esencial

del pecado original consiste en el atrincheramiento del hombre dentro de sí mismo, en su desacuerdo con Dios. Ahora bien, un ser, que ya no está unido con su origen, ¿cómo puede encontrarse en unidad consigo mismo? Tanto valdría exigir de una planta, privada de luz y de agua, que gozara de su armonía vegetal. El desacuerdo con Dios se resuelve fatalmente en desgarramiento interno. Sólo por eso el hombre se halla en lucha consigo mismo, porque se encuentra sólo también consigo mismo. Es fácil definir el nacimiento del conflicto. El desacuerdo con Dios no suprime la nostalgia hacia Dios, ni la sed de comunicarse con cualquiera necesidad substancial. Así, del aislamiento nace la idolatría.

En el hombre, separado de Dios, todos sus elementos, unos después de otros se van movilizándose para constituirse en Dios. Una maldición terrible pesa sobre los hijos de Adán: No pueden amar una cosa sin que lleve en sí la forma usurpada del absoluto. Adonde se vuelvan, siempre buscan su integridad, su "todo". Su anhelo no se acerca a ninguna cosa sin transformarla en un ídolo.

Pero los ídolos tienen una naturaleza exclusiva. Exigen la autoñracia. Rechazan todo fuera de sí. Por eso se presenta el conflicto. De todos los conflictos éste es el más íntimo y el más general, que desliga espíritu y vida, las dos realidades, que constituyen la naturaleza humana. Este conflicto además se ramifica en innumerables subconflictos, porque cada parte del hombre y cada uno de sus aspectos puede llegar a ser un ídolo. Tenemos hoy día al **homo sexualis**, al **homo oeconomicus**, al **homo politicus**, tantas palabras como engrandecimientos idolátricos de determinados aspectos de la persona humana, cada uno de los cuales se encuentra en pugna con los restantes, queriendo absorberlos. Estos conflictos son insolubles, porque no se trata de realidades, sino de substitutos de Dios — de ídolos —.

Los ídolos son tramposos. Ninguno cumple con lo que promete; más bien dicho, con lo que el hombre le hace prometer, de lo cual proviene que se multipliquen y que se sucedan y el pasar de un extremo al otro, lo cual es casi una constante en la historia de la humanidad.

Esta incapacidad del hombre caído de armonizar los componentes y funciones de su ser, se comprueba en la historia por la fragilidad increíble de cualquier **clasicismo**. Creo que hasta ahora no se ha escudriñado lo bastante este fenómeno: Todas las culturas clásicas, en las cuales el hombre ha ensayado realizar el orden y la armonía sin volverse a Dios — por ejemplo, las épocas de Pericles, de Virgilio, el Renacimiento y, en gran parte, el siglo XVII en Francia, —

todas estas culturas, que por su aparente equilibrio parecían aspirar a una existencia duradera, han pasado como relámpagos para desaparecer ante una nueva anarquía y nuevos conflictos. Acá abajo el orden es la excepción y el desorden la regla, y esto prueba lo artificial de un humanismo, fundado sólo en el hombre. Los clasicismos parecen treguas inciertas en el curso de una guerra fatal.

En realidad no existe una lucha entre espíritu y vida, sino luchas entre ídolos. Si el hombre, separado de su origen, adora su inteligencia o su voluntad, o sí, desengañado por el espíritu, se inclina hacia la tierra y los sentidos, es porque busca a Dios en cada uno de sus propios componentes.

No se excluyen el espíritu y la vida — realidades complementarias, relacionadas entre sí, sino los fantasmas y las sombras de lo absoluto. Y lo trágico es que estas batallas entre los fantasmas se verifican precisamente en el sitio vacío del absoluto verdadero.

La gracia contra el conflicto

Dios es espíritu. Y el cristianismo es una religión espiritual. Pero esta abundancia del espíritu, que el hombre recibe por el cristianismo, no puede oponerse a la vida. La gracia incluye y acepta la vida, porque proviene de quien la ha creado. La encarnación del Verbo, el descender del espíritu puro y absoluto al corazón del mundo físico, atestigua, de la manera más poderosa, la unidad entre espíritu y vitalidad, cosa esencial para la verdad cristiana.

Mientras la gracia libra al hombre de los ídolos, lo libera también de los conflictos. Necesariamente la unión con Dios se prolonga en una armonía interna. No hay una salud parcial. El dogma de la resurrección de la carne se prolonga forzosamente en el dogma de la inmortalidad del alma.

No cabe duda, que la historia del ascetismo cristiano es aterradora y también parece que la moral cristiana condenase los apetitos sensuales y las pasiones y obrase en vista de suprimir y rebajar la vida. Por tales razones, pensadores como Nietzsche y Klages llegaron a llamar al cristianismo "obra de muerte", a estimarlo como instrumento de la mutilación y envenenamiento horribles de la naturaleza humana. Según nuestra opinión, el problema del conflicto cristiano posee tres aspectos diversos. Existe: a) El conflicto, que prepara a la vida cristiana; b) El conflicto pseudocristiano, y c) El conflicto cristiano legítimo.

a) El conflicto que prepara a la vida cristiana

Sin duda, el equilibrio y la abundancia de vida y espíritu, son condiciones favorables para las operaciones de la gracia. Pero también no cabe duda, que, para el hombre caído, la seguridad y armonía perfectas le tornan muchas veces insensible al llamado divino. Si examinamos el estado de alma de hombres como son San Agustín, Pascal, Baudelaire, Dostoiewski, y, ante todo, San Pablo, encontraremos entonces un desgarramiento profundo. Este conflicto, que prepara para el cristianismo, no es idéntico al conflicto entre espíritu y vida. Es algo más hondo y secreto—un sentimiento de incertidumbre, de insuficiencia de la naturaleza, considerada en sí misma, un esfuerzo hacia una realidad absoluta, que se halla ausente y presente al mismo tiempo.

¡Cuántos hombres se abren a la gracia, porque la naturaleza se les hizo inaccesible! Para ellos, la caída terminó por ser su primer paso hacia Dios. “Los publicanos y ramerías llegarán más bien que vosotros al reino de los cielos”. Estas palabras se refieren a la escoria social; pero se podría aplicarlas también a la escoria psicológica. En verdad, la herida del alma producida por el descontento y la discordia, puede llegar a ser, en ciertos casos, la puerta de entrada para la gracia. Nietzsche, que exageraba las proporciones de este hecho accidental hasta convertirlo en principio fundamental, que tiene que explicar todo, no titubeó en considerar al cristianismo como producto del conflicto interno y de la generación vital, siendo en su sistema el cristiano “un mero animal enfermo”.

b) El conflicto pseudocristiano

Al lado de este conflicto preparatorio al cristianismo existe otro conflicto pseudocristiano entre espíritu y vida. Muchos ascetas y escritores cristianos persiguieron los valores de la vida, los objetos terrenales y de los sentidos, con una implacabilidad, perfectamente incompatible con el cristianismo mismo. Causan la impresión, de que buscaran el destino humano más bien en el aplastamiento de la vida, que en su unión con Dios, o por lo menos, quisieran recurrir a un conflicto inapelable entre espíritu y vida como a una condición necesaria de aquella unión. ¡Desgraciados! Una cosa es el mensaje de Cristo y otra el uso, que los hombres hacen de él. Puede coexistir mucha idolatría con una conciencia cristiana. Muchos ídolos pueden verse confundidos con el Dios de los cristianos. Si revistiese la forma de doctrina, el odio contra la vida y el mundo físico sería perseguido como herejía por la Iglesia. Pero al lado de la he-

rejía doctrinal, hormiguan y fermentan las herejías vividas y sentidas. Hay innumerables almas, intencionalmente fieles a la Iglesia, que han enderezado sus sentimientos y acciones hacia un maniqueísmo práctico. Si se ve a ciertos ascetas contemplantos absortos y como hipnotizados la invencible lucha interna, entonces uno se pregunta, si alguna vez han llegado a conocer lo que es la redención por el amor.

Pero ¡conviene guardarse de juicios sumarios y precipitados! La Iglesia forma en el tiempo y el espacio un cuerpo orgánico, cuyas partes sólo pueden verse apreciadas en función del conjunto. Ciertos errores, como el hiperascetismo, que carecen de sentido individual, pueden preparar armonías más profundas, primaveras místicas, y cumplir así un destino histórico y colectivo. La palabra de San Pablo sobre la necesidad de herejías tiene, sin duda, mayor aplicación, respecto de las herejías sentidas, que de las teóricas.

c) El conflicto cristiano legítimo

Por último existe el verdadero y legítimo conflicto cristiano. Este anula sólo aquello que de por sí es nulo y es mortal, sólo a la muerte. No se verifica este conflicto entre dos realidades que se completan, sino entre dos entidades que se excluyen: no entre vida y espíritu, sino entre el hombre viejo, encerrado dentro de sí y el hombre nuevo, abierto hacia Dios. La gracia lucha contra **todos** los ídolos, sea que se llamen vida (anarquía de los sentidos) o espíritu (voluntarismo orgulloso y racionalismo soberbio), aunque sabemos que esta discordia es vana, que cada ídolo es vida y espíritu al mismo tiempo, y que cada ídolo, también, se deriva de la separación entre el hombre y Dios. La gracia echa abajo este aislamiento. La guerra que ella declara, es la única basada en el amor: no la guerra irremediable del Yo que pelea contra sí mismo, sino la guerra de independencia del Otro contra el Yo. La victoria del amor, que reconcilia al hombre con aquel Otro—que es en verdad su Yo más íntimo (**interior íntimo mío**—dice San Agustín)—le reconcilia también consigo mismo. El conflicto cristiano no es otra cosa que la lucha del todo contra la parte rebelde; es, por lo mismo, la guerra contra la guerra.

Aunque de por sí no es trágica, esta lucha muchas veces adquiere la forma de la más terrible agonía, pues la discordia y la mentira se encuentran profundamente arraigadas en nosotros, que aparentan ser paz y salud. El conflicto cristiano es un libertador, y conduce al hombre a la unidad y a la redención.

El cristianismo acaba con el ídolo del espíritu y de la vida, que luchan y se mezclan entre sí y muestra a las al-

mas los caminos diversos, pero convergentes, del verdadero espíritu y de la vida verdadera; da vida a los objetos del espíritu y espiritualiza los objetos de la vida.

El espíritu cristiano también es vida. Es interesante comprobar que una cierta sabiduría, común a los tiempos y a los pueblos, reconoce una oposición entre vida, según el espíritu, y vida sin más ni más. Este prejuicio se nota en ciertas expresiones como "hacer su vida" (*faire la vie*). Pues, si aquellos, que se entregan al vicio, "hacen su vida", ¿qué hacen entonces los virtuosos? Sin duda, la muerte.

Tiene algo de atrayente este sentido recóndito, ni tampoco carece de fundamento. Para el hombre, este ser tan sumergido en el mundo material y que participe tan escasamente del espíritu, y—**a fortiori**— para el hombre separado de Dios, lo normal es que los objetos del espíritu adquieran un carácter artificial y mecanizado, que los iguála a la muerte. Hay que esforzarse en aprender a leer y actuar decentemente, pero nadie está obligado a aprender a ver y a sentir.

El espíritu carece, acá abajo, de vida, porque carece de madurez. La madurez del espíritu es el amor del espíritu. El espíritu no vive si no ama. Y en verdad, no ama fuera del cristianismo. Lo que, fuera de la gracia, llaman "amor del espíritu", a mí me parece, que es otra cosa: el entendimiento secreto entre una actitud intelectual y un éxtasis sensual. La fragilidad de estos sentimientos suele revelar su falta de raíces espirituales.

Sólo el cristianismo da al hombre el **amor** del espíritu verdadero. Quien nada sabe de esta efusión universal; de esta independencia imperial del amor, nada sabe de la **ternura** del espíritu, que es esencial para el cristianismo.

En los santos la vida del espíritu es calurosa e inmediata como una sensación; la virtud, espontánea y "natural", llena de sangre y jugo; la ley, como una flor, cuyo olor se respira o como un vino que embriaga. (cf. ps. 119).

Esta "vida del espíritu" no tiene odio contra la vida. El amor cristiano es un amor espiritual, pero **encarnado**. Se inclina hacia la carne y los sentidos, pero no para subyugarlos, sino para hacerlos traslúcidos hasta el fondo con su propia pureza. No recibe su plenitud de la vida, sino de Dios, y con esta plenitud se une la vida.

Dos palabras de la Sagrada Escritura ilustran esta unidad perfecta de espíritu y de vida, que no es posible al hombre sino sólo a Dios: "Dios es espíritu". "Dios es amor".

Gustav Thibon.

LA IGLESIA PATRISTICA Y EL MILENARISMO

OBSERVACIONES A UN ARTICULO

La publicación en estas columnas de una reseña bibliográfica sobre la obra del R.P. Florentino Alcañiz S.J., titulada: "La Iglesia Patristica y el Milenarismo", ha dado motivo a un extenso artículo de la prensa diaria en el cual se procura impugnar las conclusiones a que llega en su estudio el eminente profesor jesuíta. Hubiera preferido guardar silencio, ya que me repugna polemizar sobre materias tan delicadas y que me merecen tan particular veneración, pero el culto a la verdad y el prestigio del P. Alcañiz, me obligan a contestar el artículo en referencia, limitando eso sí la publicación de mi respuesta a las páginas de esta revista.

Autoridad del Padre Alcañiz

El articulista parece interesado en demostrar que el testimonio del Padre Alcañiz sobre el problema histórico del Milenarismo en los siglos de la Iglesia Patristica, carece de autoridad. Al efecto advierte que sólo ha sido un tiempo Profesor de Filosofía en la Universidad Gregoriana, que nunca ha desempeñado cátedra de Sagrada Escritura o Historia Eclesiástica y que sólo es conocido y apreciado por sus obras sobre el Sagrado Corazón. Cualquiera que eso leyere quedaría con la convicción de que el P. Alcañiz es un simple filósofo devoto del Corazón de Jesús, sin la menor trascendencia intelectual. Pero el autor del artículo olvida mencionar que, aparte del título de Profesor agregado de la Universidad Gregoriana de Roma y de Doctor de la misma, Alcañiz ha sido también Profesor de Teología en el Seminario Pontificio Mayor Sardo, de reconocido prestigio europeo. Esto se dice en el encabezamiento de mi nota bibliográfica y no lo he urdido en mi cabeza, sino que aparece consignado en el libro del distinguido jesuíta que motiva estas líneas. Su preparación no sólo filosófica sino también teológica, queda pues evidenciada con el desempeño de una cátedra de la aludida importancia. La circunstancia de no ser profesor de Historia Eclesiástica no puede ser motivo suficiente para negarle derecho a estudiar un problema histórico. Los títulos académicos y las cátedras, no son exigencias imperiosas para practicar un estudio de historia. Se requiere sólo suma paciencia, gran honradez y una inteligente ordenación de los materiales reunidos. Bastaría citar el caso de José Toribio Medina, que no fué profesor ni obtuvo doctorado en ciencias históricas y que sin embargo se presenta como la figura cumbre de la investigación en nuestro país, para llegar a concluir que son los materiales reunidos, la seriedad de los documentos y la acuciosidad del recopilador lo que da a un trabajo su verdadero mérito. La obra de Alcañiz sobre el problema del milenarismo en los cinco primeros siglos de la Iglesia, reúne todas estas condiciones y es, hasta la fecha, el más completo y documentado estudio que se haya hecho sobre este problema histórico.

El autor del artículo alega que considera de mayor valor sobre este punto, el testimonio de Pesch que el de Alcañiz. Siento disentir de él en tal materia y me baso en las siguientes razones: 1) La obra de Pesch es fundamentalmente teológica e incidentalmente histórica; la de Alcañiz, en cambio, no se refiere al problema dogmático o escriturístico sino exclusivamente recopila documentos históricos de los cinco primeros siglos de la Iglesia, declinando todo juicio en favor o en contra de la doctrina mi-

lenarista; 2) La obra de Pesch es mucho más antigua que la de Alcañiz. Esta última apareció doce años después de la quinta edición de Pesch y utiliza multitud de documentos nuevos que la anterior ni siquiera menciona. Cabe advertir también que Alcañiz conoce muy bien, no sólo las obras de Pesch, sino también las de Franzelin, Billot, Tanquerey, etc., que cita en su bibliografía, todas las cuales son más antiguas y menos documentadas que la suya en este punto y que en consecuencia no pueden esgrimirse como argumento en su contra. No está demás agregar que Franzelin, cuya autoridad se cita en contra de Alcañiz, murió medio siglo antes que éste último publicara su obra). 3) La obra de Pesch, que es un tratado general de teología, se refiere al milenarismo en sólo diez páginas, mientras que la de Alcañiz, que es una monografía expresa, ocupa íntegramente sus 278 páginas en la exposición histórica del problema. Finalmente debo agregar que para poner en parangón dos obras es necesario, por lo menos, haber leído ambas. El articulista da preferencia a la somera reseña de diez páginas de Pesch, que conoce, pero desecha cerradamente el volumen íntegro de Alcañiz, cuyas páginas no parece haber tenido a la vista al redactar su impugnación.

Testimonios de la Patrística.

El autor del artículo se queja de que Alcañiz circunscriba la Edad Patrística a los cinco primeros siglos de la Iglesia, cuando hay quienes la extienden hasta el séptimo y otros hasta el undécimo. Aparte de que esto último demuestra precisamente que no existe uniformidad de criterio, sino múltiples opiniones sobre los límites del período patrístico, y que en consecuencia no es posible exigir así a Alcañiz que se circunscriba a una norma absoluta, es necesario advertir que si el impugnador hubiera leído el libro del distinguido jesuíta, sabría que éste, al aportar el testimonio histórico de los cinco primeros siglos, deja a quien quiera la labor de continuar el estudio de los siguientes. El que dicho testimonio se limite sólo a los cinco primeros siglos no es motivo suficiente para invalidarlo, máxime si se funda en nutrida y seria documentación y se refiere precisamente a los tiempos más cercanos a Jesucristo y los Apóstoles y que pueden arrojar más luz sobre lo que éstos y sus inmediatos discípulos sostuvieron sobre el Milenarismo. Todo esto sin despreciar para nada las opiniones emitidas en las épocas posteriores y a las que la obra de Alcañiz no puede referirse, y sin anticiparse, por cierto, a una definición ulterior de la Iglesia en el punto debatido.

Objeta también el articulista que se omitan en el cuadro sinóptico compuesto por Alcañiz y reproducido por "Estudios", varios Padres de la Iglesia que existieron en los cinco primeros siglos, lo que dará, a su juicio, motivo a que se crea que sólo los nombrados ostentan tal título y en tal caso se saque como conclusión, gracias a la mayoría de Padres milenaristas que allí aparecen, que la Iglesia Patrística sostuvo este sistema. Contestamos también que tal objeción se le habría desvanecido si antes de elucubrarla hubiera tenido a la vista la obra de Alcañiz, al término de la cual se dice expresamente: "Estos son los Padres o escritores de la Iglesia que durante los primeros siglos escribieron sobre los destinos finales del mundo, en forma tal que aparece claramente expresado su sentir sobre el milenarismo.

Otros, o no tratan esta cuestión en los escritos que de ellos han llegado hasta nosotros o la tratan en forma que no podemos ver con claridad si adhieren o no al milenarismo". De ahí que al componer Alcañiz, como resumen de su obra, un cuadro en que figuraran los Padres que aceptan y los que rechazan el Milenarismo, no podía evidentemente colocar en ninguna columna de él a los Padres que nada hablaron del problema.

Entra después el articulista a analizar en particular los testimonios que se dan como favorables al milenarismo en los cinco primeros siglos. Del que se saca de la "Didaché", documento de la edad apostólica, escrito alrededor del año 80, dice que "es por lo menos muy dudoso." No creemos por nuestra parte lo mismo y nos fundamos en el sentido natural y obvio de los términos de esta célebre pieza histórica. "Entonces — son sus palabras — aparecerán las señales de la verdad; la primera señal serán los cielos abiertos; en seguida la señal de la trompeta, y la tercera, la **resurrección** de los muertos, **aunque no de todos**, sino según está dicho: **"Vendrá el Señor y todos sus santos con El."** Basta leer este trozo con desapasionamiento para comprender que allí aparece clara — como lo sostienen los milenaristas — la existencia de una primera resurrección parcial de los santos que vienen con Cristo a reinar, anterior a la segunda y universal para el juicio.

El articulista se manifiesta sorprendido de que en el cuadro sintético compuesto por Alcañiz no se incluya en la columna de los escritores patrísticos anti-milenaristas a Eusebio de Cesarea, historiador del siglo IV. No debía extrañarle esta ausencia si hubiera reparado a la vez que en la columna de los milenaristas tampoco se incluyó a Cerinto. ¿Por qué ambas omisiones? Porque Alcañiz ha colocado en el cuadro sólo los testimonios **católicos** de una y otra doctrina, y ha dejado fuera de él los de los **herejes**. Eso no significa que Alcañiz prescindiera de tratarlos en su obra. Si el autor del artículo hubiera leído antes de su crítica el trabajo de Alcañiz, sabría que después de analizar la opinión ortodoxa de los Santos Padres, favorables y adversos al milenarismo, destina un apéndice especial para estudiar a: "Los herejes y semi-herejes y el Milenarismo." Allí se lee que el Concilio de Nicea denunció a Eusebio como arriano. "¿Quién ignora — son términos del Concilio — que Eusebio se haya entregado a interpretaciones reprobables y sus opiniones estén con las de aquéllos que aceptan la impiedad de Arrio? Si algunos por defenderlo dijieran que Eusebio ha suscrito al Sínodo, concedamos que sea así. Pero ha honrado la verdad sólo con los labios, su corazón está muy lejos de ella..." Y en la célebre obra: "Les origines de la civilisation moderne", del renombrado historiador católico Godefroid Kurth (T.I, P. 191), encontramos el siguiente párrafo: "La abyección de los arrianos frente al Emperador fué tan grande como su insolencia con la Iglesia. Para ellos él siguió siendo, como lo había sido para los paganos, un dios encarnado, fuente de todos los derechos, y no temieron aún, **como lo hizo Eusebio en su indigna "Vida de Constantino"**, concederle los honores de una verdadera apoteosis... **saludándole con el título sacrilego de Obispo universal.**" Me parecen suficientes estas citas para comprender que Alcañiz no podía colocar en el cuadro sinóptico, como lo pretende el articulista, el testimonio

del hereje Eusebio a la altura de Padres anti-milenaristas tan dignos de veneración como San Dionisio y San Jerónimo.

Protesta el articulista de que se haya no obstante colocado en la columna de los escritores milenaristas a Tertuliano, cuando éste incurrió asimismo en herejía. Pero si hubiera leído la obra de Alcañiz sabría que el testimonio milenarista de Tertuliano es muy anterior a la caída de éste en el montanismo. Tertuliano habla del milenarismo en su libro "Contra Marción" y no se extiende en esa doctrina, por haberla desarrollado ampliamente, como él dice, en su libro anterior: "La esperanza de los fieles". "Que este libro — anota Alcañiz — fuera escrito antes de la obra "Contra Marción", consta por el mismo Tertuliano (III Ad. Marc. c. 24)... Además S. Jerónimo, cuando señala a Tertuliano entre los milenaristas lo pone entre los "nuestros", es decir, entre los Padres católicos, como consta del texto de Ezequiel citado (anteriormente por Alcañiz) y otros lugares. Esto no lo habría hecho Jerónimo si Tertuliano hubiera profesado el milenarismo sólo después de su salida de la Iglesia Católica."

Sobre Orígenes, estima el articulista que ha de considerársele no sólo adversario del milenarismo craso como lo dice Alcañiz, sino también del espiritual, y que así lo demuestra Pesch a quien debe seguirse en este punto y no a Alcañiz. Cabe advertir que Pesch dedica a Orígenes sólo quince líneas y la prueba documental que exhibe no se aviene con su afirmación ya indicada, mientras Alcañiz destina a este Padre seis páginas de su libro y publica documentos que revelan lo contrario. No olvidemos además, lo ya dicho, de que Alcañiz escribe mucho después que Pesch.

Respecto a San Agustín y San Jerónimo, están perfectamente colocados en los lugares que Alcañiz les da en su cuadro sinóptico, como queda manifiesto después del extenso estudio que les dedica. El primero fué milenarista espiritual y aunque con posterioridad cambia de opinión, declara expresamente que ésta doctrina es "tolerable" y no lanza contra ella ninguna condenación. Su repudio es sólo al milenarismo carnal del hereje Cerinto que ningún católico puede aceptar. San Jerónimo, por su parte, dirige todo el peso de sus ataques al milenarismo carnal y no obstante no participar del milenarismo espiritual, tampoco lo condena. "Aunque no sigamos esta opinión — dice — con todo no podemos condenarla, porque muchos varones eclesiásticos y mártires la siguen. Cada uno abunde en su sentido y todas las cosas reservemos al juicio del Señor."

Dice más adelante el articulista que Alcañiz no menciona el símbolo llamado de San Atanasio, del siglo V. Naturalmente el articulista no habría denunciado esta omisión si hubiera leído la obra de Alcañiz donde se destina un capítulo especial al estudio de este célebre documento. Como en toda la obra, aquí tampoco se pronuncia el autor sobre el aspecto dogmático sino puramente histórico y se limita a exponer las razones que partidarios y adversarios del milenarismo han emitido sobre su alcance. El articulista cita el texto del símbolo en el cual dice que Cristo "ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, a cuya venida todos los hombres resucitarán con sus cuerpos"... y concluye de que la venida de Cristo es un "hecho inmediatamente unido a la resurrección y al juicio universal." Alcañiz, como historiador, pone este argumento anti-milenarista y reproduce asimismo con

objetividad la opinión contraria que en fragmento es la siguiente: "En el Símbolo no se dice **"en cuya"** venida (*in* *cujus* adventu), sino **"a cuya"** venida (*ad* *cujus* adventum), la cual partícula parece haber sido puesta cautamente para significar que la resurrección de todos no ha de verificarse en el momento de la venida de Cristo, sino durante todo aquel tiempo que puede recatemente llamarse "tiempo de la venida de Cristo". Por lo demás, aunque se usara **en** (*in*), nada se seguiría contra el milenarismo, porque en la Escritura se usan como sinónimo: venida de Cristo y día del Señor. Y es sabido que en la Sagrada Escritura, especialmente cuando se trata de acontecimientos futuros, ya en el Viejo ya en el Nuevo Testamento (v. gr. Mateo 24, donde Cristo habla de la ruina de Jerusalem y del juicio último) las palabras: "entonces, día, tiempo, aquel día", etc., hay que tomarlas con cautela porque a menudo expresan un tiempo larguísimo. Así, verbigracia, Joel, bajo el nombre de "en aquellos días", junta la venida del Espíritu Santo y las señales del último juicio (2, 28)."

Queremos, en fin, agregar un testimonio nada sospechoso de parcialidad en favor del milenarismo, el de San Agustín, que dice en "La Ciudad de Dios": "No se saben los días que durará este juicio; pero ninguno que haya leído las Escrituras, por poco versado que sea en ellas, dejará de saber que al tiempo llama la Escritura **día**." (L. XX. c. I).

Saliéndose del tema propio de la obra del P. Alcañiz que, como sabemos, se limita a la exposición histórica del problema en los cinco primeros siglos de la Iglesia, el articulista quiere sacar declaraciones anti-milenaristas del Catecismo Romano de Párrocos. Pero en este precioso libro, de venerable autoridad, cuyos límites fija claramente A. Vacant (T. II, 2.a Parte, 1918), nada encontramos que pueda señalarse como opuesto a la doctrina milenarista y por el contrario una discreción tal en sus términos que dejan por entero a salvo, sin desmedro de su contenido, el adherir a cualquiera de las dos tesis en lucha. El Catecismo dice que: "**En un mismo día y lugar** todos los hombres serán presentados ante el Tribunal del Supremo Juez", y de esta afirmación se quiere sacar como consecuencia que no se deja allí cabida, como lo sostienen los milenaristas, a dos resurrecciones, sino a una total que se verificará "en un mismo día". Pero, por más que he leído y releído el citado acápite del Catecismo y lo he comparado con otros de sus lugares, no veo qué pueda deducirse de ese trozo en contra del milenarismo, ya que él no se refiere a la **resurrección**, sino al **juicio** universal, cuya verificación por nadie se discute.

Ultima observación

Al término del artículo se dice que si bien es cierto que la Iglesia acuerda libertad para la investigación e interpretación de la Escritura en los puntos en que no existe exposición cierta y definida, esta libertad está restringida cuando se ha ido formando una doctrina común entre los teólogos, y que en consecuencia apartarse de ella como ocurre al profesar el milenarismo, si bien no es herejía, es algo inconveniente.

Me limitaré sólo a advertir que en manera alguna puede estimarse cerrado el debate como se pretende, pues no podríamos suponer que en tales circunstancias y habiéndose producido ese consenso unánime de opiniones adversas al milenarismo, pueda en

numerosas curias episcopales del mundo concederse licencia a obras que defienden esta doctrina. Me imagino que quien está llamado a poner punto final a la discusión es el Santo Padre, a quien le ha sido dada la infalibilidad cuando define ex-cathedra puntos de fe y costumbres. Y que Roma no ha juzgado aún necesario pronunciarse y ha dejado todavía libre campo a las opiniones particulares en esta materia, lo prueba el hecho que la propia Curia romana ha concedido hace algunos años permiso para su publicación a una obra milenarista. Fué un venerable eclesiástico chileno, que honró con su evangélica caridad el Rectorado del Seminario de Santiago y a quien el Episcopado Nacional erigió un monumento para perpetuar su memoria en los futuros sacerdotes, quien sometió a la Sede Apostólica un detenido estudio en favor de la doctrina milenarista. "Del extremo del mundo, dice en el prólogo de su obra, vengo a Roma, no sólo como a Maestra Suprema de la verdadera doctrina de N. S. Jesucristo, de quien aprender, sino también como a juez máximo en la tierra a quien demandar consejo sobre la oportunidad y utilidad de esta obra." Y la respuesta fué el permiso del Maestro del Sacro Palacio, teólogo oficial del Papa, para la impresión del libro.

Sin anticiparnos pues a las decisiones pontificias, respetémoslos recíprocamente en nuestras libres y lícitas opiniones, sin dar a ellas carácter dogmático de que carecen, y acatemos con confianza y amor cualquier decisión que al respecto pueda venir de la Sede Apostólica, recordando lo que de ella dijo San Ignacio de Antioquía: "No habéis engañado a nadie, habéis enseñado a los demás; veo que todo lo que prescribís por vuestra enseñanza queda incontestable."

No quisiera terminar estas líneas sin referirme a una afirmación que oigo repetir con frecuencia. Se dice que aunque el Milenarismo no es en sí una herejía, el profesarlo, produce en sus adeptos quietismo esterilizador, espíritu de rebelión contra la jerarquía, y culto protestante de la Escritura con desprecio de la tradición.

Apenas puedo comprender cómo puedan derivarse resultados tan lamentables de una doctrina que, en la negra realidad histórica en que vivimos, trae un sano impulso de acción y pone una luz de optimismo con la espera del triunfo definitivo de Cristo en su gloriosa venida; de una doctrina que al decir de su más ilustre impugnador, San Jerónimo, ha dado muchos santos y mártires, y que tuvo en los primeros tiempos por principal adalid a San Ireneo en su magna obra "Contra Haereses", de la cual dice Monseñor Freppel que "desde el primado del Papa hasta la autoridad de la tradición, casi todos los puntos controvertidos entre la Iglesia católica y las sectas que se agitan alrededor de ella, se encuentran aclarados y netamente definidos en este monumento del segundo siglo, en el cual se refutan anticipadamente las herejías modernas."

Pero si de elevados conceptos no es posible deducir rectamente consecuencias que repugnen, no es extraño, en cambio, que se sume, aún a la causa más santa, el lastre de la personal debilidad de sus sostenedores, y que se vea así entenebrecida la pureza de la doctrina con la sombra de la propia miseria. Si esto, como es posible, ha podido ocurrir de mi parte, lo deploro, y desde luego y una vez más, me someto con devota voluntad de hijo al juicio de la Jerarquía, acogiéndolo con respeto y sumisión lo que ella ordenare, pues he venido a la Iglesia no a enseñar sino a obedecer.

Jaime Eyzaguirre.

El mejor tónico cerebral

“FITOSAN”

del INSTITUTO SANITAS

A base de fósforo calcio y
magnesio.

LICORES

DESPOUY Y CIA.

DE ALTA CALIDAD

Letras y Arte

"PCEMA", de Jaime Rayo.

Un anticipo de la obra inédita: "El animal emblemático".

MOMENTOS DEL ARTE:

Exposición de arte francés.

CRISTAL DE LIBRERIA:

"José en Egipto", por Thomas Mann.

"Cien mil palabras", por Jacobo Nazaré.

"El libro de oro", por Marco Anneo Séneca.

P o e m a

*Duele la luz o el fuego fatuo de los otrōs,
No hay sino lava oculta y espejismos del cuerpo,
Maneras solitarias de decir: "ésto es mío", "soy dueño",
Bondadosas mentiras que hacen del ser un monstruo,
Una flor exterior de artificial aroma,
Surte de vivo y muerto simultáneos,
Mezcla de pan y sueño.*

*Cualquier secreto día, nupcial, desnudo y torvo.
El amor, la fiebre, el díscolo mar de gloria y júbilo,
Cierran sus grandes puertas.*

*Anclada desde antaño en la retina,
Bajando, fina y cándida, de la palabra al sexo,
Pendiente del cerebro al corazón —escapulario—,
Conoce esta faena, que es horrible emboscada,
Esta crueldad de playa que se aleja,
Este blando muñón que se hunde en las cenizas,
Totalmente y de súbito, sin estar preparado.
Maldito, odioso: náufrago.*

J A I M E R A Y O

EXPOSICION DE ARTE FRANCÉS.—Al considerar, en toda su extensión, todo su espíritu, la Exposición de Arte Francés, no podemos dejar de observar que no representa genuinamente toda la inquietud, que en materia de arte, ha caracterizado a la intelectualidad francesa de Delacroix a nuestros tiempos. Se ha mirado con preferencia a la cantidad de obras que a la calidad de ellas, produciéndose por lo tanto, un ambiente amorfo y desunido, no producto de falta de unidad — aceptable falta de unidad puesto que a veces la inquietud va revestida de una desunión en lo accidental que hace pensar en una manifestación caótica de lo que se quiere expresar—, ambiente nacido más bien del excesivo deseo de mostrar al público un gran número de autores, no profundizando en ninguno de aquéllos que en toda época artística, por compleja que sea, sobresale de los demás y se constituye un puntal más o menos seguro. En efecto, es imposible hacer una verdadera construcción del movimiento del actual arte francés, aun en lo que se refiere al dibujo y a la acuarela, basado únicamente en esta Exposición. Aun eso, lo que se ha expuesto de cada pintor no exhibe, a nuestro juicio, lo más expresivo y definidor de las sensaciones del mismo. Picasso se haya representado por una cabeza de mujer, con cierto carácter clásico, que no expresa en manera alguna el espíritu creador de tan gran pintor español. Es Rouault el que se encuentra más definido con sus cuadros, “Misere” y “Misere et Guerre”, que manifiesta toda la expresión angustiosa y firme del cristiano ante el mundo. Manet, con un bosquejo al pincel denominado “Retrato de George Moore en el café”, es un estudio para un óleo del mismo nombre; podemos en él intuir ya la maravillosa fuerza de la línea que, junto a la impresión del blanco y negro, constituye su definición. Degas manifiesta su femenina sensibilidad en un vaporoso estudio a lápiz.

En la época contemporánea son Rouault, Derain, Dufy, Vlaminck, Aujame, los representantes del caosismo artístico de la élite francesa. Es tal la complejidad en la forma de expresar un sentimiento artístico, que demuestra el profundo estado de anarquía en que se encuentra el arte francés. Puede llamársele inquietud para encontrar nuevas formas y nuevas concepciones del arte. Puede ser, pero en la actualidad no se ve nada definido; sólo pequeños quejidos, frutos a veces de un snobismo y una baja idea de la belleza como fuente creadora, concepto claramente manifestado en Dufy y Derain al englobar la belleza dentro de un vago espíritu morboso, como resultado de contemplar al mundo, sólo bajo ese inútil punto de vista. Junto a estos, Maurice Denis, con su fineza de virgen sin volumen, se presenta como el polo opuesto en la contemplación de la naturaleza, ya que se coloca como un perfecto pacifista, es decir, busca la paz externa y la encuentra, como corolario de su bienestar anímico. En general, podemos decir, que los actuales maestros franceses, de los cuales ínfimo conocimiento podemos adquirir en esta Exposición, adolecen del común espíritu de contemplar la naturaleza colocándola bajo el prisma de su propia razón, de su natural maldad.

CRISTAL DE LIBRERIA

JOSE EN EGIPTO, de Thomas Mann. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1940.

Esta obra constituye el tercer tomo que el eminente novelista autor de "La montaña mágica", dedica a la historia bíblica de José y sus hermanos. En la primera obra el tono de Mann es un tono adusto, serio, de investigador que posee momentos de poesía, continuando a esta obra titulada "Las historias de Jacob", un segundo tomo ya más libre, de novela in crescendo, que tiene su amplio fluir en "José en Egipto".

La pintura del país faraónico, sus extrañas costumbres y religión, la hacen similar en otro tono, al maravilloso libro de Dimitri Merejkowsky: "Aken Aten de Egipto". Hay en el libro de Mann una predilección por los detalles que revela al estudioso que de un tema dado y constreñido por el relato bíblico, lo borda con una realidad vivaz y convincente. Las figuras humanas del judío y de los egipcios contrastan visiblemente en un doble juego de conceptos del mundo, dando una dramaticidad latente a lo largo de la obra.

S.

CIEN MIL PALABRAS, por Jacobo Nazaré. Zig-Zag, 1940.

De la obra del señor Nazaré no podemos expresar nada más que lo siguiente: es un libro, correctamente — y en pasajes, bellamente — escrito en castellano, por un hombre más o menos inteligente y culto. ¿Para qué sirve? ¿Para qué fué escrito? ¿Qué quiere significar como expresión humana? Que lo resuelva cada lector a su antojo. Desde luego, hay allí momentos de belleza, de gran belleza, hay sobre todo "ideas", y muchas cosas más. Yo no sé si su autor ha pretendido o no hacer de su libro una obra de arte, una novela. Me tomo el derecho de suponer que se trata de una novela. Novela de "ideas", como acostumbra a fabricarlas Huxley, cuyo nombre no debe ser muy ajeno a nuestro novelista. Pero el señor Nazaré aprovecha del escritor inglés, cosas que en él pueden ser perdonadas porque encuadran perfectamente en sus sistemas creadores, pero que no son precisamente sus méritos. Olvida que si hay algo admirable en la obra de Huxley, no son tanto sus "ideas", sino el orden profundo y astuto con que compone y teje la trama de sus creaciones antropológicas, en riguroso "contrapunto", técnica que a menudo llega al grado de la gracia estética. De "ideas" no se hace una novela. Se puede hacer con ellas un tratado, un texto, un ensayo, cualquier cosa. Pero no una novela. Ahora bien. Los personajes que habitan una novela pueden permitirse el lujo de las "ideas", claró está. Pero es preciso que hayan antes personajes. No basta describir en esbozo un par de caricaturas y lanzar "ideas" a borbotones, a puñados, por más que aquellas sean profundas, ingeniosas, originales, etc. En una obra de arte hay que crear. Es decir, dar vida, hacer vivir las ideas. Y las ideas únicamente viven cuando hay un cerebro que las cobija y nutre, cuando hay una voz que las pronuncia, y otros seres que actúan conforme a ellas en un ambiente y en una época determinados. Esto puede ser imaginario o real, humano o "deshumanizado", verídico, verosímil o simplemente fantástico. No importa. Pero ha de haber seres que vivan o que produzcan la impresión de vida. Si no, no hay arte posible que pueda intere-

sar a los demás, en lo más grande y hondo de su ser... Pues bien. En la novela del señor Nazaré no hay personajes — como en las de Huxley no los hay tampoco frecuentemente—; no hay personajes, sino “ideas” que se procuran ingeniosamente un personaje que las exprese, a cuenta casi indirecta del autor. En buenas cuentas, son ellas las que crean el personaje y no el personaje quien las crea a ellas, como sería deseable. Y como los personajes de Huxley, tampoco los de Jacobo Nazaré son humanos, en consecuencia. Ni nacen, ni aman, ni mueren, a pesar de que a menudo salen a relucir allí el nacimiento, el amor y la muerte. Son fabricados de retazos, con proporciones de pasión, de actos y de “ideas” absolutamente caprichosas, extrañas, divertidas y — si no fuera anti-científico decir — anormales. Nacen cuando el autor los va alineando en las páginas y desaparecen inmediatamente antes de la palabra fin. Proceso que se repite con el lector. En realidad, mueren porque matan a su creador por cansancio. El no puede estarles insuflando una vida ficticia a costa de la suya, continuar manteniendo su vida extrauterina, vivir por ellos, si son incapaces de subsistir por sí después del parto. El verdadero creador no puede hacer más de lo que hace una madre: cooperar con todas las energías de su ser, y aún con su ser mismo, para gestar una vida. Entiéndase, construir, edificar, crear. Y crear una “vida”, es darle a un ser la facultad de seguir creándose a sí mismo.

Bien. Sin embargo, la novela del señor Nazaré es algo interesante y algo que marca un jalón importante en la literatura nuestra. Aquí en Chile hacen falta intentos sinceros y entusiastas por crear una novela de gran estilo. El esfuerzo del señor Nazaré posee méritos y valores, quizás insospechados. En el fondo, todo es cuestión de organización. Y vaya aquí una última consideración, absolutamente personal: “Cien mil palabras”, es un libro ameno, entretenido y lleno de sugerencias.

Z.B.

EL LIBRO DE ORO, de Marco Anneo Séneca. Ediciones Zig-Zag. Santiago de Chile, 1940.

La antigua España tuvo la gloria de contar entre los ilustres hijos de la tierra cordobesa a Marcon Anneo Séneca, filósofo y preceptor del César, Nerón. Ambas cualidades han de separarse para juzgar la obra serena y clara de este amante de la sabiduría.

En su carácter de preceptor cesáreo, los frutos obtenidos en su discípulo, ya sea por la naturaleza indómita y doble de Nerón, fueron nulos. En aquella alma no cabía la paz, ni las disposiciones favorables para el florecimiento de una mente liberada de las pasiones y ataduras de la carne. Era una floración de la época, corrompida y libre. Más aún, Nerón, por un arranque que le emergía de las entrañas, gustaba de hacer lo contrario a las ideas que le inculpaba su maestro, como si no deseara férula alguna sobre su voluntad y sus instintos.

El trabajo de Séneca fué ímprobo. Aparte ya de sus funciones magisteriales, el pensamiento mismo del filósofo, recogido en este libro de oro, es una guía humana de alto valor permanente, porque atendió siempre a los problemas centrales del pensamiento y del alma del hombre.

“El libro de oro”, es algo que todos pueden leer con mayor o menor fruto. Muchas veces, en sus aforismos, nos parece ver lo simple, lo sencillo, pero, por bajo de esa corriente clara hay siempre una entraña profunda, un conocimiento exacto de los hombres y como una guía del destino.

S.

Autobiografía de G. K. Chesterton

La vida del genial escritor católico inglés, en una bella edición	\$ 80.—
PEDRO MUÑOZ SECA, por J. Montero Alonso	20.30
LA EUROPA TRAGICA, por Gonzaga de Reynold (2 volúmenes)	32.40
CANCIONERO DE LA GUERRA. Versos de Marquina, Pemán, Alvarez Quinteros, Machado, Sassone, por J. Montero Alonso	24.40
ENSEÑANZAS DE LA GUERRA EN ESPAÑA, por el general Duval, prólogo de Weygand	32.40
LA SANTA VIRREINA, por José M. Pemán	24.40
EL PELIGRO INTERIOR; EL COMUNISMO, por G. Sorbets	2.—
ENCICLICA “DIVINI REDEMPTORIS”, sobre el comunismo ateo, de S.S. Pío XI	1.80
JESUS, modelo de educadores, por el Hno. Etienne	23.20
PIEDAD Y LITURGIA, por Mons. Manuel Larraín (3.a edición)	5.60
JESUS-CHRISTUS, por Karl Adam	22.—
LA CUESTION OBRERA. Encíclica Rerum Novarum, de León XIII (nueva edición)	1.—

En venta en nuestras Librerías:

Librería y Editorial “SPLENDOR”

SANTIAGO: Delicias 1626 — Casilla 3746 — Tel. 89145.
VALPARAISO: Victoria 2277 — Teléfono 7168.

A LA HORA DE ONCE
ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“LA NOVIA”

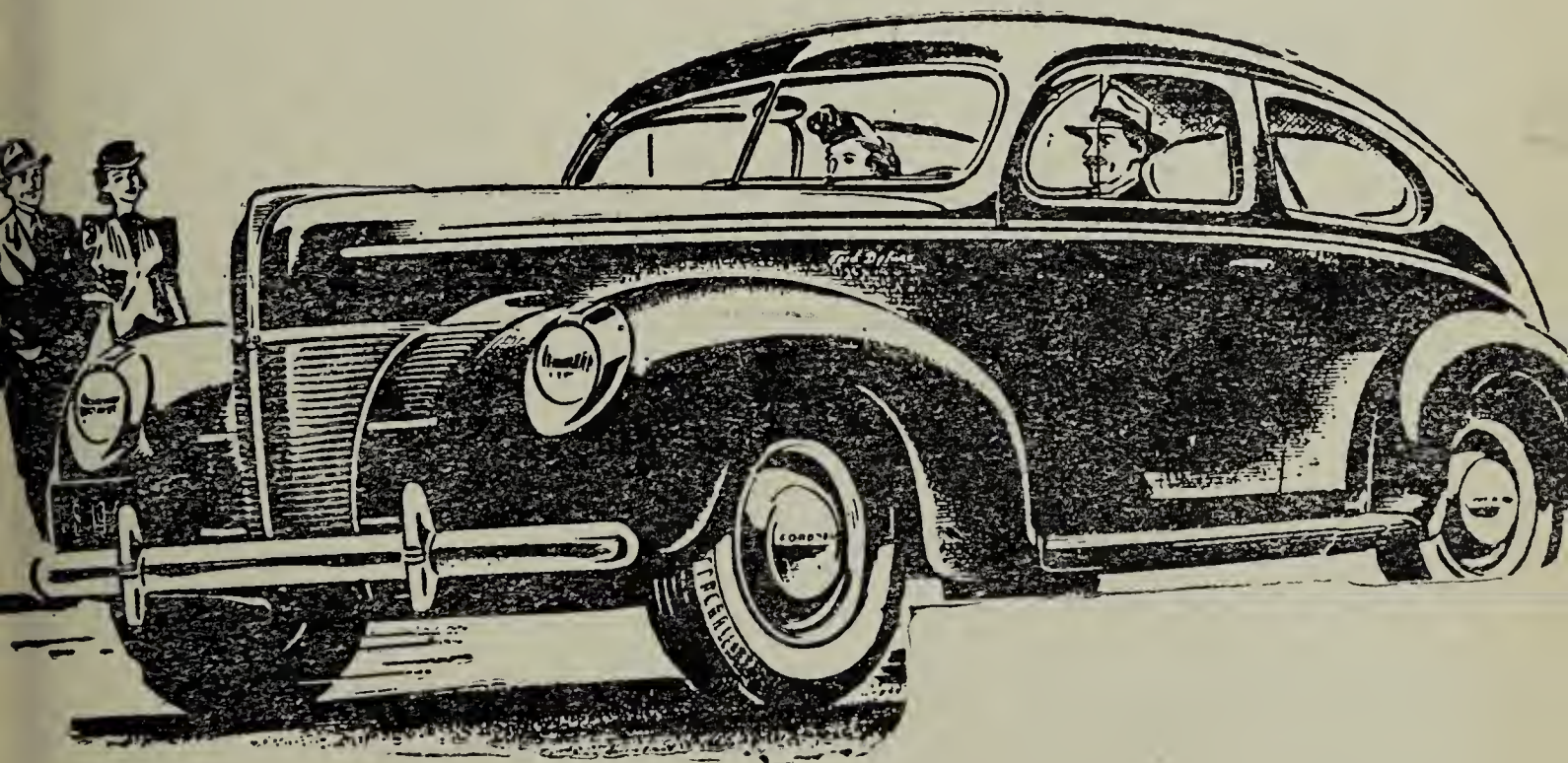
HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

**Si Ud. quiere Potencia y Rápida
Aceleración es que Ud. quiere un**

F O R D V . 8

Todo el automóvil lleva la calidad Ford, incluyendo cosas que sus ojos nunca han visto, armonizando los valores extra de este motor V-8 fabricado con una extraordinaria precisión.

Con los Ford de 1940 Ud. obtiene una aceleración instantánea, y la infalible potencia del motor tipo V, de 8 cilindros, le **COLOCA A UD.** a la cabeza del tráfico.



“¡El motor de automóvil más moderno del mundo!” es lo que dicen los ingenieros del motor tipo V que ha batido los records en tierra, en el agua o en el aire y también en el terreno de la economía.

CONCESIONARIOS Y SERVICIO FORD EN TODO EL PAIS

"Gutenberg"
San Diego 178-180

Precio: \$ 3.60

